EL ESTÓMAGO, EL ÁCIDO Y LA AGRESIÓN

Lic. Horacio J. Corniglio

Dr. Gustavo L. Chiozza

Centro de Consulta Médica Weizsaecker

- Agosto 1996 -

EL ESTÓMAGO, EL ÁCIDO Y LA AGRESIÓN

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo y CORNIGLIO, Horacio (1996*c*) "El estómago, el ácido y la agresión".

Trabajo presentado en el Centro de Consulta Médica Weizsäcker, agosto de 1996, Buenos Aires.

"Las ideas nacen dulces
y envejecen feroces". [1]

1- Introducción

El trabajo de Chiozza y colaboradores (1995c) *"Significados inconcientes específicos de enfermedades dentarias"*, aborda de manera profunda y convincente las vicisitudes atinentes a la fase oral secundaria o canibálica. Realza, por ejemplo, la significatividad de la eclosión de los dientes, el cambio de modalidad alimentaria al que se asocia, el incremento de la agresión a que ello da lugar y las consecuentes modificaciones en las relaciones objetales, así como los cambios anímicos generales que se ligan a esos eventos del desarrollo.

Los autores se ocupan también de establecer un ligamen entre dicha fase y unas vivencias y afectos específicos, como ser, por ejemplo, la voracidad y los remordimientos; este nexo, y las demás consideraciones señaladas, nos hicieron recordar los pioneros trabajos de Garma acerca de las úlceras gastroduodenales, ya que estos, como veremos, tienen puntos en común con lo planteado por Chiozza y colaboradores.

Garma (1954), en efecto, refiere que los rasgos profundos de la personalidad de los ulcerosos están determinados por *"intensas fijaciones orales"*. Estas condicionan la persistencia en lo inconciente de un *"conjunto de representaciones psíquicas agresivas"*, ligadas a las imagos de las primeras internalizaciones; imagos que adquieren representatividad en lo que el autor designa como *"la madre internalizada mala"* (Garma, 1954;1969), objeto condicionante de unas cualidades particularmente prohibidoras y severas del superyo.

La madre real del futuro ulceroso, señala, *"...suele haber sido una madre afectuosa y capaz, pero también dominante y agresiva. Suele alimentar bien a su hijo, aunque a veces lo priva demasiado tiempo de alimentos necesarios, como la carne"* (Garma, 1954, pág. 124). En otras palabras, para este autor, se trata de una madre que por un lado exige al hijo independencia y capacidad y, por otro, lo mantiene bebé, es decir, no lo deja ejercer la modalidad dentaria de la fase oral secundaria.

Las vivencias que derivan de esta constelación determinan que, a lo largo de la vida, las frustraciones y agresiones genitales sean trasmudadas en conflictos digestivos inconcientes que se manifiestan trascendiendo los límites de la boca. En esta situación, no sólo los objetos pasan a representar alimentos, a veces indigeribles, sino que los alimentos pasan a representar objetos y modos de

[1] Citado por Jorge Luis Borges (Barone, 1996).

vínculos, de manera que el ulceroso, por ejemplo, podrá tomar leche, pero no podrá comer carne.[2]

En síntesis, dice Garma (1954, pág. 228), *"Mi teoría se podría denominar de la madre internalizada mala actuando agresivamente en un individuo en regresión oraldigestiva"*[3]. El superyó, teñido de las características descriptas, promoverá que los conflictos adultos genitales resuenen en el sujeto con cualidad oraldigestiva, es decir, como unos *"remordimientos excesivos"* (Garma, 1954) que se manifiestan privilegiadamente en el estómago.

Si bien como vemos, Garma extiende la oralidad clásica a una fase oraldigestiva que completa con el ejercicio del estómago, atribuye a este órgano las cualidades de la boca dentada, de un modo que se asemeja más al concepto de erotización secundaria que a una propia fantasía gástrica. En consecuencia, resulta difícil distinguir la cualidad oraldigestiva, de la cualidad oral secundaria descripta clásicamente. Asimismo, omite especificar, cuál sería el momento de primacía para esta fase oraldigestiva de la libido.

En su esquema, el ulceroso sería alguien que "se muerde" en la intimidad de su estómago, desatando allí, a través de unos *"remordimientos"*, la agresividad que debiera haber tramitado en otros niveles: primariamente, en el hecho de morder con los dientes alimentos sólidos, especialmente la carne; más tarde, en la implementación de acciones que le procuren el logro genital.

Sin embargo, muchas de sus afirmaciones resultan convincentes desde el punto de vista clínico[4]. En efecto, la descripción del drama inconciente del ulceroso centrado en torno a unos remordimientos que se experimentan, específicamente, como sensaciones somáticas estomacales, parecería contener aquel componente propio y específico que reclamábamos antes[5].

---

[2] Recordemos que Chiozza (1963), en **Psicoanálisis de los trastornos hepáticos**, señala que esta observación de Garma fue un hito en su propia investigación acerca del hígado, pues lo llevó a pensar que el enfermo hepático, que *"*no puede tomar leche*"*, supondría en la base de su padecimiento un grado de regresión más profundo que la implícita en las fijaciones a las que aludía Garma.

[3] Garma, por ejemplo, planteó que restringir la libido a la boca, era una consecuencia teórica de la taxativa división hecha por Freud entre pulsiones de autoconservación y sexuales. Chiozza (1963), señala que esta consideración de la libido oraldigestiva es de máxima significatividad teórica, pues supone llevar *"hacia adentro"* la erogeneidad de las mucosas. Los planteos de Garma, acerca de la libido oraldigestiva, y los de Abraham, que profundizan, con cualidades digestivas, las clásicas descripciones de la libido anal, señala Chiozza, fueron jalones trascendentes en el camino hacia su propia formulación de la teoría de las fantasías específicas.

[4] El Dr. Eduardo Dayen llamó la atención de uno de nosotros sobre un dicho popular que condensa, entera, la teoría de Garma. La expresión *"*me pica el bagre*"*, referida al hambre, remite también a la idea de la madre mala que remuerde desde adentro si tenemos en cuenta que, en lunfardo, *"*bagre*"* significa mujer fea (madre mala) y *"*picar*"* alude a una forma particular del comer propio del pico de las aves.

[5] Garma (1954, pág. 228), como señalamos, afirma que los remordimientos excesivos del ulceroso se manifiestan en sensaciones y síntomas estomacales, ya que *"tienen su base inconciente en sensaciones y reacciones de ser mordido interiormente (...) Todo ello actúa sobre su estómago. Origina en éste hipersecreción clorhidropéptica, hiperperistaltismo y espasmos musculares, estasis y espasmos vasculares, disminución de la eficacia de la barrera mucosa, carencia de determinados aminoácidos y de hormonas antiácidas y otros trastornos..."*

Chiozza y colaboradores (1995c), en cambio, aclaran que la culpa o *"arrepentimiento oral"*, que proviene de haber incorporado al objeto vorazmente, promueve la vivencia de un objeto que, desde adentro, *"muerde"* y *"remuerde"* en el diente, por ser éste el arma agresora. Describen como patología del remordimiento las **caries** de las piezas dentarias; piezas que serían el elemento más representativo de la clave de inervación de dicho afecto.

Se plantea, como vemos, un problema complejo: ¿Por qué los remordimientos quedan convincente y coincidentemente unidos a dos órganos distintos y por lo tanto a dos metas pulsionales? ¿Existirían dos tipos de remordimientos, unos simbolizados específicamente por las úlceras y otros por las caries? ¿Cuáles son los matices que los diferencian?

Este trabajo constituye el camino recorrido en procura de responder estos interrogantes; camino que nos llevó primero a detenernos en lo planteado por Chiozza y colaboradores (1995c) acerca de la **fase oral secundaria** y las **fantasías dentarias**, para progresar luego en la comprensión de los **procesos digestivos gástricos**.

2- La fase oral secundaria

Ontogenéticamente, la aparición de los dientes caracteriza una sub-fase de la fase oral del desarrollo psicosexual, aquella que Freud, a instancias de Abraham, denominó **oral sádica**, **canibálica** o **secundaria** para diferenciarla de la oral primaria o de succión.

Los dientes participan del primer paso del proceso de digestión, realizando la transformación física de los alimentos sólidos. Así, los incisivos cortan, los caninos desgarran y los molares trituran, disminuyendo el tamaño de lo ingerido para facilitar su deglución. Al mismo tiempo, el proceso de masticación facilita la mezcla de lo ingerido con la saliva para formar el bolo alimenticio, que tendrá la humedad y consistencia requerida para los ulteriores pasos de la digestión.

Chiozza y colaboradores (1995c) afirman que estas acciones forman parte de la digestión mecánica, a la que luego sucederá la digestión química. Aclaran también que la digestión mecánica es filo y ontogenéticamente posterior a la química[6] y que se la puede considerar *"un desprendimiento del tronco primitivo que llamamos 'proceso de incorporación asimilación' del cual la función hepática se arroga la representación"* (pág. 13).

En otra parte sostiene (pág. 124): *"Para verificar más aún esta concepción de la mordedura interior pregunté a diferentes personas dónde sentían la mordedura contenida en la palabra 'remordimientos de conciencia'. (...) muchas respuestas localizaban la mordedura en el epigastrio, o sea, la región del estómago (...) Asimismo tres niños señalaban la región del estómago al preguntárseles dónde les dolía luego de pegarse mutuamente con sus hermanitos"*.

[6] Volveremos sobre este punto más adelante, al hablar de la relación entre la libido gástrica y la libido dentaria.

Señalan, además, que los dientes, en diversas especies animales cumplen *"la función de armas defensivas o de ataque"*, y que en muchos primates y en el hombre primitivo, eran utilizados con ese fin. De manera que, tanto en este ejercicio beligerante, como en el referido a la degradación mecánica de los alimentos, quedan ligados a la efectivización de intensos montantes de agresión.

Los autores, describen un tipo de excitación específica ligada al momento de aparición de los dientes. Esta excitación comienza a operar en las zonas aledañas, gingivales, antes de la emergencia de los dientes, y progresivamente, a medida que estos hacen su aparición, se desplaza hacia ellos; de modo que cabe llamarla excitación *"gingival"* o *"dentaria"*, según el momento y el matiz que se desee subrayar. El conjunto de la excitación *"gingivo-dentaria"* configurará una primacía oral-dentaria, propia de este sub-estadío de la oralidad.

Aclaran que, en el niño, esta excitación se manifiesta originariamente a través de un particular malestar, un estado de excitabilidad general, de molestia o insatisfacción, que a veces adquiere la forma de un estado febril, junto con el cual aparece un incremento de la **salivación ácida**[7]. A medida que el diente aflora, esa excitación de comienzo irá disminuyendo, dado que su descarga se tramitará en el ejercicio propio de este, o sea, morder y masticar.

Chiozza y colaboradores (1995c), tomando como antecedente las referencias de otros autores psicoanalíticos - como el propio Freud, Abraham, Klein y Aberastury -, enfatizarán la cualidad profunda y trascendente de los cambios que tienen lugar con el establecimiento de la fase oral canibálica y que afectarán simultáneamente al yo, al superyo y a la relación con los objetos.

El niño, señalan, se potencia agresivamente con la aparición de los dientes, ya que estos dispositivos inauguran una posibilidad inexistente en la fase oral de succión: dañar el pecho de la madre. Esta alternativa forzará profundas modificaciones ya que, por un lado, obtendrá placer de órgano en el ejercicio agresivo del morder y, por otro, recibirá la reprobación materna ante el dolor que es capaz de ocasionar. De modo que sus sensaciones premian lo que desde su percepción es reprobado y esta reprobación pone límite al ejercicio desinhibido de su agresión.

El desconcierto promovido por estos factores antagónicos demandará una complejización del sistema normativo (superyó), pues el niño - dicen los autores siguiendo a Freud - deberá ahora "distinguir entre el bien y el mal". Al mismo tiempo tendrá que diferenciar sus impulsos, pues unos son premiados y otros censurados. Esto conlleva el diferenciar acciones, dado que unas deberán ser inhibidas y otras ejecutadas. Asimismo, deberá diferenciar entre los objetos aquellos que son susceptibles de ser mordidos de los que no lo son.

---

[7] La trascendencia de este evento se comprenderá mejor al ocuparnos, luego, de los significados de los jugos gástricos y del ácido en general.

Por consiguiente, afirman, la emergencia de la libido dentaria en el desarrollo evolutivo del niño tendrá máxima significatividad en lo referido a las relaciones de objeto, porque de aquí en más - como luego veremos - y a diferencia de lo que sucedía en el período fetal e incluso en la lactancia, ya no será un mismo objeto el que se brinda como modelo de identificación y aporta, a la vez, la materia para concretarla; de modo que siendo necesario identificarse, ahora deberá también preservar al objeto.

Morder y masticar, entonces, configuran una acción necesaria y eficaz del yo, que implica conjugar el amor y la agresión, pero que además y fundamentalmente, se ejerce de manera conciente y a partir de una autorización voluntaria del yo. Todo lo señalado, como queda implícito, supone un fundamental cambio en la modalidad y tipo de alimentación.

El corolario de esta fase, en síntesis, será *"...el ejercicio normal o fisiológico de la libido dentaria al servicio de la incorporación, equivalente mecánico de lo que describimos como digestión química, representada a menudo, simbólicamente, mediante la acción hepato-biliar de envidiar"* (Chiozza y col., 1995c, pág. 15).

A este proceso, como hemos señalado en el apartado anterior, ligan los autores un afecto específico, la voracidad, cuyo significado remite a aspectos ligados a su origen filogenético: la sensación de *"aprovechar ahora o nunca"*, la amenaza del *"despojo o rapiña"* y la tentación de incorporar triunfalmente algo idealizado y temido que se presenta *"a pedir de boca"* (Chiozza y col., 1995c, pág. 20).

3- La función del estómago y su desarrollo ontogenético

En el comienzo del apartado anterior, señalamos que la fase oral del proceso digestivo, mediante la masticación, prepara los alimentos para la deglución, es decir, para su pasaje hacia el estómago a través de la faringe y el esófago. Como también señalamos, esa primera fase es voluntaria y conciente, pero los pasos ulteriores serán involuntarios o reflejos.

Una vez masticado y deglutido, el bolo alimenticio llegará al estómago y allí será vuelto a degradar en partículas aún más pequeñas y transformado en una masa líquida llamada quimo, que tiene las propiedades fisicoquímicas necesarias para los posteriores procesos de digestión y absorción que tendrán lugar en el intestino.

> Para los anatomistas el estómago es un órgano "sacciforme", cuya porción limitante con el esófago se llama cardias y que presenta un abultamiento por encima del nivel de esta unión llamado fundus; éste se continúa en una espaciosa región central, el cuerpo, que culmina en la región limitante con el duodeno a la que se denomina antro. A los fines prácticos los gastroenterólogos se refieren a un "estómago proximal o fundus" - formado por el fundus propiamente dicho y la porción superior del cuerpo - y un "estómago distal" -que comprende la porción inferior del cuerpo y el antro pre-pilórico; siendo el píloro el esfínter que separa el estómago del duodeno (Farreras, Rozman, 1988; Fawcett, 1986; Scacchi, 1988).

El duodeno, por su parte, es un órgano en forma de “c” que constituye el inicio del intestino delgado y que tiene cuatro porciones; en la segunda de ellas desembocan los conductos excretores del páncreas (de Wirson y de Santorini) y el conducto excretor de las vías biliares (colédoco) (Fawcett, 1986).

La región del fundus del estómago opera como reservorio. Esta función se encuentra muy desarrollada en ciertas especies animales, por ejemplo, los carniceros, que acopian grandes cantidades de alimento debido, como veremos luego, a la irregularidad de la caza. El estómago distal, en todas las especies, tiene una importantísima función mecánica de “trituración y mezcla” de los alimentos, a través de contracciones reguladas y rítmicas, mediatizadas por la triple capa de músculo liso que conforma las paredes del órgano. Esta actividad mecánica, como hemos dicho, continúa el trozado de los alimentos que se iniciara en la boca, hasta reducir el contenido gástrico a partículas no mayores de dos milímetros y hasta licuar el conjunto, dado que sólo con estas propiedades físicas el quimo podrá ser evacuado, gradualmente, hacia el duodeno (Farreras, Rozman, 1988).

Estos procesos de trituración y mezcla, es decir, de digestión mecánica localizados en el estómago, se complementarán con los procesos digestivos químicos del órgano, mediatizados por la actividad secretora específica del epitelio gástrico. De modo que, como vemos, el estómago conjuga en su accionar procesos mecánicos que continúan los iniciados en la boca por los dientes, con procesos químicos particulares. La actividad química, efectivamente, confluye en la génesis de un producto específico, el “jugo gástrico”, compuesto por las distintas secreciones de las diferentes glándulas y células del epitelio gástrico (Farreras, Rozman, 1988).,

Esta actividad secretora gástrica es sumamente compleja, pero, en términos generales, se la puede dividir en una “secreción ácida”, que será la efectora de la acción digestiva gástrica propiamente dicha y una “secreción alcalina”, que reduce el grado de acidez del contenido estomacal para preservar la mucosa del duodeno. Las glándulas que mediatizan ambos tipos de secreciones se distribuirán a su vez en dos áreas: una “ácido-secretora”, localizada en el fundus y el cuerpo gástrico y otra “mucosecretora”, que se ubica en las regiones sub-cardial y pilórica (Farreras, Rozman, 1988; Scacchi, 1988).

En tanto efectora de la actividad digestiva gástrica, la acidez del estómago - disminución del pH [8]- será su característica fundamental y estará determinada por la secreción de ácido clorhídrico por parte de las células de las glándulas parietales. El ácido clorhídrico, entonces, será el producto más importante del jugo gástrico (Farreras, Rozman, 1988; Fawcett, 1986).

---

[8] ***“pH”*** sigla que significa **potencial hidrógeno,** es la expresión química numérica, que representa la concentración de hidrógeno en un medio. A mayor presencia de hidrógeno menor es el pH y mayor la acidez de dicho medio. Los valores de pH fluctúan entre 0 y 14, siendo ácidos todos los valores por debajo de 7, que representa el pH neutro.
El organismo en su conjunto tiene un pH óptimo que oscila entre 7,2 y 7,4, o sea que es **ligeramente alcalino**. Los organismos vivos, en general, sólo pueden sobrevivir con mínimas variaciones de pH (Enciclopedia Británica, 1992). Sin embargo, en el interior del **estómago** del hombre, el pH llega a 3 ó 2 (o en ocasiones puede ser aún menor) que es el óptimo durante el proceso digestivo gástrico (Farreras, Rozman, 1988).

Las glándulas mencionadas secretarán también pepsinógeno, que en el medio ácido se transforma en pepsina, sustancia químicamente activa en el proceso digestivo. *"El ácido clorhídrico actúa reblandeciendo y disgregando la celulosa cruda, y en unión con la pepsina, disolviendo la pectina intercelular de los vegetales y el tejido conjuntivo animal. Esta última acción es particularmente importante, puesto que el tejido conjuntivo crudo* [principal componente de la carne] *es digerido única y exclusivamente por el estómago"* (Farreras, Rozman, 1988, pág. 57)[9]. Los otros componentes fundamentales de la dieta, hidratos de carbono y lípidos, no requieren la intervención del jugo gástrico para su digestión.

Esta primera acción de degradación de las proteínas que tiene lugar en el estómago implica, además, la pérdida de las cualidades heterólogas de las mismas, es decir su capacidad antigénica. Luego que la digestión se complete en un medio menos ácido mediante la acción de las enzimas pancreáticas (proteasas) que se vierten en el duodeno, los aminoácidos que las constituyen podrán ser usados en la fabricación de proteínas homólogas; o sea, con la configuración pertinente al propio organismo[10](Farreras, Rozman, 1988; Scacchi, 1988).

Recordemos, a propósito, que las proteínas - del griego *"proteuo"*, "yo ocupo el primer lugar" son, antes que nada, nutrientes "estructurales o reparadores"[11] y por lo tanto poseen una elevada capacidad antigénica. Además, son los únicos elementos cuaternarios, es decir, constituidos por carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, a diferencia de hidratos de carbono y lípidos que no poseen ese último elemento (De Robertis y De Robertis, 1994, Creff, Herschberg, 1981).

De manera que podemos concluir que el estómago aporta al proceso digestivo general, su componente propio y específico: la capacidad de digerir[12] las proteínas, especialmente aquellas de mayor complejidad química, como las de la carne.

---

[9] La falta de ácido en el jugo gástrico o aclorhidria determina que en las materias fecales se encuentren *"*intactos*"*, desde el punto de vista químico, manojos de fibras musculares microscópicos. La condición microscópica es producto de que, pese a la aclorhidria, el estómago ha llevado a cabo su acción de triturar el alimento para su pasaje al duodeno (Recordemos que no puede darse ese pasaje si el contenido presenta partículas de más de 2 mm.) (Scacchi, 1988).

[10] Llama la atención que el estómago es, frecuentemente, un órgano blanco de la patología tumoral inmunitaria. De los linfomas no-Hodking extranodales el 50% es de localización gastrointestinal, y de éstos el 60-70% se localizan en el estómago (Ferreri, 1994). Esta vinculación del estómago con la patología inmunitaria puede comprenderse mejor si pensamos que la materialización de una identidad propia a partir de proteínas heterólogas comienza con la desnaturalización de dichas proteínas por los jugos gástricos, es decir, la pérdida de su identidad antigénica.

[11] Las proteínas, a diferencia de los glúcidos y los lípidos, tienen una participación prácticamente nula en los procesos de generación de energía del organismo. Esto adquiere coherencia si pensamos que los procesos energéticos persiguen el fin de construir, reparar y mantener al organismo en su estructura que es, principalmente, proteica.

[12] De aquí en más, cuando utilicemos el término *"*digerir proteínas*"* por parte del estómago, nos estamos refiriendo a esa primera fase de degradación que hemos descripto y no al proceso

La secreción gástrica destinada a los propósitos señalados es inducida por diferentes estímulos, entre ellos, fundamentalmente, el de una hormona digestiva de mucha importancia llamada gastrina.

Habitualmente se describen, respecto a dicha secreción, dos fases: una fase pre-digestiva y tres fases digestivas. La fase pre-digestiva mantiene una secreción basal y esta regulada por un ritmo circadiano que tiene su pico máximo de secreción entre las 23 horas y las 2 de la madrugada (Scacchi, 1988). Las fases digestivas son las siguientes:

a) Fase cefálica: comienza con estímulos olfativos, visuales o psíquicos, los cuales, por acción refleja, inducen la secreción de jugo gástrico, antes de la llegada del alimento.
b) Fase gástrica: es la más importante en cuanto al volumen de secreción y su estímulo específico es la llegada del bolo alimenticio al estómago. La carne es un elemento particularmente estimulante de la secreción ácida durante esta fase.
c) Fase intestinal: regula la salida gradual del alimento hacia el duodeno y, por lo tanto, su función general es principalmente inhibitoria.

Los mecanismos inhibitorios, por su parte, obedecen a un feed-back negativo a los fines de contrarrestar el incremento del ácido (Farreras, Rozman, 1988). Podríamos pensar que tal es la peligrosidad del ácido que genera sus propios mecanismos de neutralización.

La secreción alcalina, antes mencionada, no esta ligada de modo directo a los procesos inhibitorios y su finalidad específica es la atenuación de la acidez del quimo para preservar, como hemos dicho, la mucosa del duodeno. Esta acción está mediatizada fundamentalmente por los productos de la secreción alcalina (Farreras, Rozman, 1988). Una vez en el duodeno, las secreciones pancreáticas y biliares continuarán este proceso de alcalinización del quimo alcanzando un pH de 5 ó 6 en duodeno y de 6 ó 7 en el yeyuno (Lenoir, 1979).

Otro elemento importante en las funciones del estómago es la llamada “barrera mucosa gástrica”, película con la consistencia de un gel que se deposita sobre el epitelio y que, por mediación de sus constituyentes químicos, evita la difusión retrógrada del jugo gástrico, contribuyendo a que la víscera mantenga el grado de acidez necesario durante la digestión, e impidiendo a la vez la autólisis acidopéptica de las propias células epiteliales del estómago que, de no existir esta barrera, digerirían el órgano (Farreras, Rozman, 1988).

Ahora bien, la función gástrica que estamos describiendo no se lleva a cabo con la misma intensidad en todos los períodos de la vida. En la etapa intrauterina el estómago comenzará a formarse en la cuarta semana y adquirirá su forma definitiva hacia la sexta semana de dicho período, pero en toda esta etapa, dada la modalidad de alimentación fetal, no desempeñará todavía funciones digestivas (Corliss, 1976; Hib, 1994).

---

completo que, como dijimos, requiere de las enzimas pancreática. Ese uso, *sui generis*, es a los fines de agilizar la lectura.

Durante la lactancia el estómago cumple casi con exclusividad funciones de reservorio, ya que la digestión de la leche materna, su alimento específico[13], no requiere el grado de acidez que se necesitará luego para digerir los alimentos sólidos. Desde el punto de vista nutricional, la leche materna posee[14] proporcionalmente bajas cantidades de proteínas (1,5 g %), predominando entre ellas las de fácil digestión. Contiene sobretodo glúcidos (6,5 a 7 g %), y lípidos emulsionados en proporción variable (Albores, 1980).

Un hecho revelador acerca de la escasa secreción ácida durante este período es que el estómago secreta una enzima capaz de degradar grasas de cadena corta. Esta enzima, que se inactiva con un pH menor de cinco, sólo participa en la digestión de lípidos durante la lactancia, ya que luego de ese período el pH estomacal alcanza niveles inferiores (Lenoir, 1977).

Podemos concluir, entonces, que el estómago del lactante, con un pH similar al duodeno del adulto, aún no ha adquirido plenamente la cualidad específica que lo caracterizará: la capacidad de secreción ácida. Esta capacidad se acrecentará paulatinamente, para alcanzar su apogeo con la incorporación de la carne a la dieta.

4- Los dientes y el estómago en el desarrollo filogenético

Chiozza y colaboradores (1995c) para referirse a la evolución de los hábitos alimentarios del hombre, citan a Desmond Morris (1967), quien sostiene que la especie humana desciende de un tronco de primates originariamente insectívoros que se convirtieron gradualmente en monos arborícolas, esencialmente frugívoros.

Un grupo de estos primates, impelido por los cambios impuestos por las glaciaciones, debió abandonar lo que hasta entonces había sido su hábitat natural, el bosque y, además, en procura de sustento, debió modificar sustancialmente sus hábitos de vida. El medio que hasta entonces había sido pródigo se esterilizó y los alimentos, por así decir, ya no estaban al alcance de la mano. Por ende, el animal recogedor de frutos debió convertirse en un cazador, un comedor de carne. Esta nueva necesidad impuso también la irregularidad en la dieta, ya que ahora el alimento no estaba disponible, había que buscarlo y, esencialmente, para poder comerlo había que matarlo.

---

[13] La leche de vaca, que en algunas ocasiones puede reemplazar a la leche materna o suplementarla, posee una composición química diferente, especialmente en cuanto al mayor contenido de proteínas y a la calidad de éstas que, como la caseína, son de más difícil digestión. De allí que la leche vacuna deba ser diluida para dársela al niño. Otras leches artificiales que buscan sustituir el alimento específico tienen que ser **acidificadas** con el agregado de ácido láctico o cítrico para facilitar su digestión, debido a la ausencia de las proteínas maternas, digeribles para el lactante sin la participación del estómago, todavía escasamente ácido (Albores, 1980).

[14] La leche materna varía en distintos momentos de la lactancia, de modo que, por ejemplo, el calostro no tiene la misma composición que la leche ulterior. Del mismo modo, el contenido graso va aumentando a medida que avanza la lactancia (Albores, 1980).

Estos cambios trascendentes impusieron, además, muchísimas otras modificaciones, por ejemplo, en lo referido a los vínculos entre los miembros del grupo, ya que estos animales, originariamente nómades y obviamente inhábiles en la captura de sus presas, debieron instaurar la caza grupal y hacerse sedentarios.

La forzada admisión de un nuevo "orden social", impuesta por la caza, no fue sencilla, y en cierta forma siempre estuvo caracterizada por una conflictiva labilidad. Podemos agregar a estas consideraciones lo señalado por Lorenz (1963), quien afirma que los cazadores natos, los grandes carniceros (lobos, leones, etc.), tienen desarrolladas armas y potencia para matar, no sólo a sus presas, sino también a sus propios congéneres. Sin embargo, junto con ello, desarrollan unas muy severas inhibiciones de la "agresión intraespecífica". Es como si supieran que pueden matarse y el instinto, junto con esta posibilidad, los ha dotado con un severo control de su uso. Su organización social se estructura sobre esa base, de modo que sus integrantes, subordinados, están protegidos dentro de ella y colaboran entre sí.

Dice Lorenz (1963, pág. 267) que el hombre, contrariamente, es en su origen un animal *"... relativamente inofensivo, cuyo cuerpo no posee armas naturales para matar grandes animales y que por ello no tiene tampoco aquellos mecanismos de seguridad creados por la filogénesis que impiden a todos los carnívoros 'profesionales' aplicar indebidamente su poder para matar a los animales de su propia especie"*. De manera que aquellos monos frugívoros convertidos en cazadores no desarrollaron en armonía con la impuesta necesidad agresiva de la caza sus concomitantes inhibiciones. Esto llevó a la mencionada labilidad del orden social, característica del hombre, y a que se instalara entre aquellos primeros homínidos cazadores una intensa rivalidad y lucha en el seno de los grupos por la obtención de las presas y el usufructo del producto.

Las particularidades de aquellos monos frugívoros y los eventos señalados del desarrollo - afirman Chiozza y colaboradores (1995c, pág. 7) - le hacen decir a Morris que el hombre reúne ambas características; una herencia frugívora, arcaica, y una herencia carnívora, "posteriormente adquirida".

Lorenz (1963) pone el acento en que el drama humano deviene, justamente, de que el hombre no sea del todo un cazador. Si lo fuera tendría la mencionada inhibición natural de la agresión intraespecífica. Su falta de límite deviene de su medrocidad, de ser un animal que originariamente huía de sus enemigos en vez de matarlos, y peleaba con los de su especie sin llegar a mayores, de modo que, dice, *"es como para llenarse de espanto la idea de que un ser tan irascible como lo son todos los primates pre-humanos pudiera presentarse esgrimiendo un hacha de piedra bien afilada"* (pág. 267).

Chiozza y colaboradores (1995c), se refieren también al canibalismo del hombre primordial, en los términos considerados por Freud (1912/13). Este autor, señalan, enfatiza que la motivación del canibalismo primitivo era el anhelo de identificación, es decir, la adquisición de cualidades del objeto a

través de su ingestión material. En este sentido, para Freud, la devoración del padre primordial era el acto canibálico por excelencia.

Sabemos que luego de este acto, los sentimientos de culpa emergentes llevaron, según Freud, a la sustitución simbólica del padre por el tótem, es decir, a la instauración del banquete totémico. Afirma Chiozza (1968b) que *"la instauración de la comida totémica puede ser descripta como una* ***disociación eidético-material****, según la cual la identificación con el modelo paterno queda dividida en un aspecto ideal, que se realiza con la figura original, y un aspecto material que se desplaza sobre el tótem"*. Filogenéticamente, entonces, *"...el banquete totémico es un símbolo encubridor de la traumática devoración del padre..."* (Chiozza y col., 1995c, pág. 9).

Chiozza y colaboradores (1995c), en síntesis, a través de las citadas referencias, procuran enfatizar el cambio que produjo en los monos frugívoros su conversión, por apremio, en noveles cazadores. Estas modificaciones en sus formas de vida y sus vínculos se expresaron esencialmente en la emergencia de unos montantes de agresión inexistentes hasta entonces y que, ahora, debían ponerse en acto. Estos montantes de agresión quedan representados, según Freud, por el asesinato del padre primordial y su devoración; así como, más tarde, por la implantación de la comida totémica.

Estos antecedentes filogenéticos, serán, por cierto, los que el infante humano revivirá con la emergencia de la oralidad secundaria, fase que según Chiozza y colaboradores (1995c) queda simbolizada con la aparición de los dientes, ya que los dientes se convierten, según nos han mostrado, en representantes de la capacidad de agresión desarrollada en esos eventos originales y vuelta a revivir cada vez.

Habíamos dicho antes, al referirnos respectivamente a las funciones de los dientes y el estómago, que ambos órganos conjugaban sus acciones en las primeras fases del proceso digestivo. En concordancia con esa afirmación, debemos ahora indagar si es posible hallar una correlación equivalente en lo que hace al desarrollo filogenético del estómago, respecto de los dientes.

En ese sentido, es interesante señalar que, en algunos invertebrados, por ejemplo, los crustáceos, existe un estómago con dos compartimentos, el primero de ellos llamado "molino gástrico" esta equipado con "dientes quitinosos y protuberancias duras" que trituran el alimento; el otro compartimento opera en calidad de filtro (Weisz, 1971). En las aves que se alimentan de granos, se desarrolla un compartimento de pared muscular poderosa, llamado "molleja", en el que se encuentran pequeñas piedras: *"Se logra así un órgano de molienda que reemplaza a los dientes desde el punto de vista funcional"* (Romer, 1962).

En lo referido a todos los vertebrados superiores, la anatomía comparada (Romer, 1962) muestra que la estructura típica del tubo digestivo (esófago, estómago, intestino delgado, intestino grueso, recto y ano) esta siempre presente. En los vertebrados inferiores, en cambio, falta la diferenciación de estas estructuras y los distintos órganos se desdibujan. Sin embargo, en todos

los vertebrados existe un píloro (estrechamiento de la luz intestinal), ubicado por encima de la emergencia del conducto colédoco, que sirve de referente para dividir el originario tubo en un intestino anterior y uno posterior.

En los vertebrados inferiores el intestino posterior cumple todas las funciones digestivas; luego, a medida que estos evolucionan, cobra importancia progresivamente el intestino anterior. El primer cambio notable en esa estructura es la aparición de un estómago que, en principio, tiene simplemente las características de un ensanchamiento, un huso o una bolsa, ligada al almacenamiento de masas de alimento que el intestino posterior no puede recepcionar de una sola vez.

A partir de la aparición de esta bolsa de almacenamiento la evolución del intestino anterior tomará diferentes caminos. Uno de ellos, el de los mamíferos rumiantes, es particularmente interesante. La vaca, por ejemplo, posee cuatro compartimentos gástricos distintos, los dos primeros son el “rumen o panza” y la “redecilla o bonete”, que actúan como bolsas de almacenamiento de los vegetales; allí, estos son amasados por las paredes musculares, transformados en pulpa blanda y sometidos a la acción de microorganismos que químicamente los reducen, permitiendo que los componentes útiles sean absorbidos en la misma panza. Cuando el animal descansa regurgita el contenido de estas bolsas, vuelve a mascarlo (rumiarlo) y, por otra vía, lo deriva al “omaso”, cavidad que continúa el tratamiento físico del alimento. Por último, el alimento pasa al “abomaso o cuaja”, en donde existe el epitelio gástrico propiamente dicho y terminan de desdoblarse los elementos químicos complejos. Romer (1969) señala que los tres primeros compartimentos no pertenecen al estómago inicial, sino que son modificaciones de la parte inferior del esófago. En ellos, pensamos, se preserva de la secreción ácida del genuino estómago a los microorganismos que cooperan en la digestión.

La función de reservorio de alimentos en los cazadores “puros”, se centraliza en el estómago. Estos animales soportan grandes períodos de ayuno que compensan luego con extraordinarios banquetes; algunos de estos animales, incluso, son capaces de ingerir grandes trozos para regurgitarlos luego y, por ejemplo, alimentar de ese modo a sus crías. Estas reciben entonces la carne pre-digerida, hecho que nosotros interpretamos como un testimonio de la primaria incapacidad de las crías para digerir proteínas complejas, capacidad que depende de la acidez del estómago y que, por cierto, desarrollarán rápidamente al crecer.

Romer (1962, pág. 241), en una visión panorámica del curso evolutivo, señala que podría considerarse que el estómago aparece ligado originariamente a la necesidad de más alimento, debida a los cambios en la estructura de los organismos. *“Una situación de este tipo* - dice - *se habría presentado por primera vez cuando, a partir de las formas que se alimentaban por filtración, se desarrollaron animales provistos de mandíbulas y carnívoros, por ejemplo, los tiburones, que ingerían grandes cantidades de alimento a intervalos irregulares”*

Los tiburones, por cierto, son un interesante ejemplo, ya que con sus poderosas mandíbulas y dientes[15], arrancan grandes trozos de carne, los engullen enteros y luego, literalmente, los mastican con su estómago. En ese sentido son un ejemplo de voracidad[16] y, podríamos decir, se ubican en las antípodas de los rumiantes, animales que, como vimos, con sus estómagos siempre llenos, masticando una y otra vez el mismo contenido, son el paradigma de lo antivoraz. Luego volveremos sobre esto.

Podríamos decir, entonces, que, en la filogenia, básicamente, hay organismos que se nutren por difusión pasiva, absorbiendo elementos sencillos presentes en su medio; otros, en cambio, a medida en que complejizan su estructura, demandan para la materialización de la misma otros alimentos cuya disposición exige nuevos y mayores esfuerzos. Sobre la misma base de los organismos sencillos, observamos luego la emergencia de otras formas de vida, por ejemplo, los animales herbívoros, y en la cúspide de esos desarrollos los carnívoros que, como es obvio, deben cazar su comida.

Vemos de este modo, cómo la naturaleza ha implementado dos estrategias diversas para la obtención de alimentos que demanda la complejización del organismo. Una, la de los herbívoros, donde la cualidad de un alimento de difícil digestión, pero disponible y que no ofrece resistencia impone modificaciones sobretodo en el esófago y en los dientes. El primero se complejiza para albergar las bacterias que asisten al animal para la digestión; los segundos se especializan para la trituración sin apuro, relegando su función de armas a otros distritos de la anatomía (cuernos, patas).

La otra estrategia, la de los carnívoros, se aprovecha del trabajo que se toman los herbívoros tomando la energía de las plantas “hecha carne en el rumiante”. Las cualidades de este alimento requieren una línea evolutiva diferente, en donde el aparato digestivo modifica predominantemente los dientes y el estómago. Los primeros se hacen armas que, sobretodo, capturan y desgarran un alimento que, siendo esquivo y resistente, debe ponerse a resguardo ingiriéndolo rápidamente; el segundo, se desarrolla grande, poderoso y ácido, para digerir todo lo que la oportunidad de la caza ofrece. Este parece ser el camino elegido por el hombre frente a la escasez de frutos.

Dejaremos de lado la modalidad de los rumiantes y nos centraremos en las modificaciones adaptativas del estómago para digerir las complejas proteínas de la carne que exige la materialización del propio desarrollo.

Las proteínas, en tanto elementos “estructurales”, se arrogan la representación de aquello esencial para la materialización (hepática) de la forma. El ácido gástrico, único capaz de degradar químicamente el colágeno de la proteína animal, la sustancia representante de la “con-formación” (Chiozza y col.

---

[15] Nótese que el tiburón no dispone de muelas para la masticación. Sus afilados dientes, dispuestos hacia afuera, sirven para cortar y desgarrar la presa.

[16] Es interesante señalar que algunos organismos primitivos, como por ejemplo las estrellas de mar, cuando aprisionan una presa demasiado grande en relación al tamaño de su boca, tienen la capacidad de evertir el estómago al exterior y degradarla por su intermedio para incorporarla luego (Novikoff, 1963, citado por Litvinoff, 1979).

1992e), representaría esa agresión mayor que es necesario implementar para obtener los fundamentos de la forma.

En síntesis: vemos que en la filogénesis se pone en acto *"una idea estómago"* que se vincula originariamente a la necesidad de ingerir un alimento de mayor complejidad, que se presenta de manera irregular y que, por eso mismo, debe acopiarse.

Vemos también cómo esta idea "estómago", en la medida que supone la necesidad de trituración, degradación y mezcla de los alimentos, no es del todo ajena a la idea "dientes"; semejanza ésta, que nos obliga a realizar un estudio más profundo en el apartado que sigue.

5- La búsqueda de una primacía gástrica; consideraciones sobre una zona erógena *"gastrodentaria"*

Mayor es la necesidad de encontrar alguna vinculación específica entre estas dos estructuras, los dientes y el estómago, si notamos que ambos órganos, además de una función similar, comparten un mismo período de primacía.

En efecto, si desde lo que hemos visto respecto al desarrollo onto y filogenético del estómago y a sus particularidades funcionales, procuramos una correlación con las fases psicosexuales que el psicoanálisis describe, nos encontramos con que este órgano, provisto en plenitud de sus funciones más propias, entra en escena coincidiendo con aquello que nuestra ciencia describe como fase oral secundaria o canibálica y que vincula clásicamente con la aparición de los dientes.

Al mismo tiempo - tal como afirman Chiozza y colaboradores (1995c) - la aparición de los dientes está ligada a la necesidad de alimentos nuevos, especialmente la carne, que, como nos muestra la fisiología digestiva, sólo podrá digerirse con la participación plena del estómago. De manera que, en base a lo expuesto, cabe afirmar que la fase oral secundaria del psiquismo no está menos adscripta al estómago que a los dientes.

El problema que se plantea al pensar en un mismo período de primacía para dos zonas erógenas distintas comienza a allanarse si pensamos que ambas zonas no son tan disímiles en sus funciones. Por ejemplo, la digestión mecánica de la boca que podemos ver en la trituración que ejercen los molares, es parangonable con la trituración que ejercen las paredes del estómago. Al mismo tiempo podemos decir que la digestión química del estómago se encuentra prefigurada ya, en la secreción salivar ácida.

Pero estas similitudes, lejos de terminar aquí, se profundizan aún más. Cuando siguiendo a Chiozza y colaboradores (1995c) afirmamos que la digestión química antecede y es representada por la mecánica, prometimos volver sobre este punto. Ahora bien, el proceso digestivo que, macroscópicamente, llamamos digestión química, observado a nivel microscópico, no es otra cosa

que un intercambio de “cuerpos” físicos; un “choque mecánico” entre moléculas o, mejor, entre átomos.

Por lo tanto, la digestión que llamamos química es, en esencia, también una digestión mecánica pero evolutivamente anterior. Veamos esto mismo en el caso particular del ácido clorhídrico de los jugos gástricos.

Como dijimos al hablar del pH, todo ácido es una elevada concentración de átomos de hidrógeno de carga positiva (hidrogeniones), de modo tal que un medio ácido es un medio “dador de protones”. El hidrogenión (H^+) tiene *“la capacidad de afectar el equilibrio químico”* al interactuar con otras moléculas, disociándolas; en otras palabras, “insertándose” en una unión atómica, la “rompe”. Su acción en las proteínas complejas como el colágeno es la de romper las uniones químicas (puentes) que determinan la intrincada estructura espacial, simplificándola y haciéndolas accesibles a la acción de las enzimas específicas (Murray y col., 1988).

Si quisiéramos describir este proceso con una metáfora compuesta por términos más figurables por nosotros, podríamos decir que el ácido actúa como un “diente de hidrógeno”. Podríamos extender aún más esta correspondencia, suponiendo que, de la misma manera que los molares se adscriben a unas funciones homologables con las de trituración que ejercen las paredes del estómago, a los incisivos y caninos les competen unas acciones similares a las del ácido clorhídrico y la pepsina.

Como señalamos, todo nos lleva a pensar que originariamente la naturaleza gestó una sola idea de “algo que penetra, rompiendo y separando”. Esta idea cobró forma y efectividad en diferentes niveles de una estructura compleja; el estómago y los dientes.

Como aspectos propios y diferentes entre estas estructuras, cabe afirmar que los dientes y el componente óseo de los mismos, así como la musculatura destinada a la masticación, forman parte del sistema músculo esquelético, emparentado con lo motor voluntario, evolutivamente tardío. La actividad digestiva gástrica, en cambio, es involuntaria y perteneciente al sistema llamado vegetativo, más antiguo que el anterior; de modo que podríamos pensar en el estómago como un “diente vegetativo”.

De la misma manera, el vínculo que habitualmente se establece entre los dientes y la agresión encuentra, como luego veremos, una correspondencia similar en la relación entre la agresión y el ácido.

Resumiendo: cabe pensar, de acuerdo a lo señalado, que la habitual separación que hacemos del estómago y los dientes, siguiendo un criterio anatómico[17], no es tan tajante si nos guiamos por un criterio funcional, fisiológico. Desde este último criterio, podemos pensar en el estómago y los

---

[17] Separación anatómica que no se encuentra en todos los niveles evolutivos, ya que otras especies poseen *“*estómagos dentados*”*, como vimos al hablar de la filogenia del estómago.

dientes funcionando coordinadamente, como una misma idea; una misma fuente de una meta pulsional específica que podríamos llamar “gastrodentaria”. También desde este punto de vista, cabe considerar que la fase oral secundaria que describe el psicoanálisis está vinculada al funcionamiento coordinado de ambos órganos y, por lo tanto, expresa una primacía de libido gastrodentaria.

Siguiendo el concepto freudiano de apuntalamiento (1905d), la primacía libidinosa gastrodentaria está llamada a resolver una nueva circunstancia. Así como antes, el lactante debió enfrentar las vicisitudes impuestas por la pérdida de continuidad en la alimentación - característica de la vida fetal -, ahora el niño, con su dieta sólida (dependiente de los azares de la caza), deberá hacer el duelo por la pérdida de la regularidad con que le era ofrecida la leche materna.

La fase oral secundaria del desarrollo libidinal, entonces, consiste en una serie de cambios adaptativos digestivos (aparición de los dientes e incremento de la acidez del estómago) destinados a satisfacer nuevas demandas nutricionales que exigen la ingestión de alimentos sólidos - principalmente la carne - de **difícil digestión** y obtenidos de manera **irregular**.

Considerar el funcionamiento coordinado del estómago y los dientes como fuente de una meta pulsional gastrodentaria nos permitirá también - como inmediatamente veremos - allanar las diferencias señaladas acerca de la zona erógena fuente a la que se adscriben los remordimientos, ya que, como vimos, Garma (1954) la localizaba en el estómago en tanto que Chiozza y colaboradores (1995c) la referían a los dientes.

6- Acerca de los remordimientos y la voracidad[18/19]

La postulación de una zona erógena gastrodentaria, que unificando las funciones gástricas y dentarias hace que ambos órganos puedan representarse mutuamente, nos obliga, ahora, a ocuparnos de la controversia entre los planteos de Garma (1954) y los de Chiozza y colaboradores (1995c), acerca de los remordimientos.

Para intentar comprender por qué los remordimientos se expresan a veces en las úlceras gástricas y a veces en las caries, debemos discernir, en la unidad, las cualidades propias y diferentes de cada órgano.

---

[18] El examen que hacemos aquí de estos afectos no pretende ser exhaustivo, sino que busca complementar los desarrollos de Chiozza y colaboradores (1995c) a partir de la hipótesis de una meta pulsional que reúne las modalidades gástricas y dentarias.

[19] Otro afecto particularmente involucrado con las fantasías gastrodentarias es, sin duda la rabia; afecto que, siguiendo lo desarrollado por Chiozza y col. (1995c), parecería estar más vinculado con el aspecto de armas que tienen los dientes. Nuestro interés, en el presente trabajo, es traer a la luz el aspecto *“gástrico”* de esta compleja matriz inconciente y por lo tanto postergaremos su análisis para otra oportunidad. Por los mismos motivos hemos omitido un examen más exhaustivo de las modalidades digestivas de los rumiantes, que, pensamos, podrían estar emparentadas con el *“mascar”* la bronca o la rabia, tal cual se desprende de lo que sostienen los autores arriba citados.

Chiozza y colaboradores (1995c), al describir la oralidad canibálica y el específico ejercicio de morder, nos dicen que los dientes tienen un particular vínculo con lo óseo[20], representante del sistema de normas (Chiozza y col., 1990g) que, en este caso, sostiene la agresión acotándola. Este vínculo, precisamente, dota al ejercicio de la función dentaria de una particular significatividad en el desarrollo normativo del niño. Siguiendo a estos autores, veíamos también que el diente, a través de la masticación, se vincula al sistema musculoesquelético voluntario que es, sobre todo, conciente.

De acuerdo a lo señalado, entonces, tenemos dos características propias de la función dentaria: su ligamen con el sistema normativo, y su vinculación con acciones que, llevadas a cabo por su intermedio, son voluntarias y concientes. En contraposición, el estómago, como hemos señalado, aparece vinculado con lo involuntario y lo vegetativo; además, es el órgano donde se expresa primariamente el hambre, con la cualidad de aquello que corroe y devora "desde adentro" (Racker, 1957; Chiozza, 1963) y que reclama un objeto que permita derivar "hacia afuera" un montante de excitación que se tanatiza en la medida en que no se tramita.

De manera que, podríamos decir, el estómago por sus cualidades se presta mejor para representar el hambre; el primario deseo de comer, involuntario, incoercible e incontrolable. Los dientes, en cambio, representarían mejor aquellas acciones agresivas voluntarias que, acotadas por un sistema de normas, buscan luego calmar el hambre.

A partir de la vinculación que existe entre afectos y acciones eficaces (Freud, 1926d), podemos decir, de manera esquemática y figurativa, que cuando el yo débil no puede realizar las acciones agresivas que demandan "la carne", queda sometido al efecto de los impulsos tanáticos. Experimenta su impotencia con sensaciones **gástricas de hambre**; como un comerse a sí mismo o como un objeto que, desde adentro, lo remuerde.

Podemos pensar, entonces, que en el estómago se representarían predominantemente estos remordimientos, más regresivos, motivados por el hambre incoercible que se impone como afecto. Son los **remordimientos por los deseos agresivos**, primarios, voraces. La desestructuración patosomática de la **clave de inervación del afecto** (Chiozza, 1976) **remordimiento**, entonces, aparece a la conciencia como una patología de este órgano: **la úlcera**.

En los dientes, en cambio, se representan predominantemente **los remordimientos por las acciones agresivas** para calmar el hambre, llevadas a cabo activamente (en la realidad o la fantasía) y que afectan al objeto. Si estas acciones agresivas se llevan a cabo, pero no son adecuadamente integradas en el sistema normativo, no podrán ser eficaces. En este caso, los remordimientos no se expresan ligados a los deseos, sino predominantemente a las acciones voluntarias "mal ejecutadas". Cuando estos *"remordimientos por*

---

[20] Es el hueso el que da sostén al diente para su acción, y al mismo tiempo, los tejidos duros del diente se hallan emparentados histológicamente con el tejido óseo (Chiozza y col., 1995c).

las malas acciones" no se toleran en la conciencia, dada la relevancia del componente motor voluntario que rige las funciones dentarias, se desestructuraría la **clave de inervación de la acción** (Chiozza y col., 1986) **de morder**[21]; como resultado aparece un trastorno de las piezas dentarias: **la caries**.

Por otra parte, pensamos también que el criterio que aplicamos a los remordimientos - considerar matices más regresivos y matices más evolutivos - puede hacerse extensivo a la voracidad.

Chiozza y colaboradores (1995c, pág. 16, 18) nos dice que la voracidad *"... es un deseo oral de incorporar y destruir que cuando funciona en armonía con el conjunto del yo, es decir cuando está ligado libidinosamente, se integra dentro del comer normal"*. Señalan además que *"La voracidad se caracteriza por un comer rápido, cuantioso y sin masticar..."*.

De manera que, podríamos decir, la voracidad expresa el deseo de tragar entero, sin que nada se escape, o, en otros términos, tragarlo todo. Estaría originado en un grado superlativo del hambre; hambre que, según Garma (1954), se registra como sensación estomacal.

Esta demanda, la voracidad, como grado superlativo del hambre, representaría la situación propia del intestino anterior que, podríamos decir, incorpora el objeto entero. En la ontogenia, pensamos, esto correspondería a la fase oral primaria o de succión, pues en ella se incorpora un alimento de manera similar, es decir, sin que impere todavía la necesidad de fragmentarlo.

El hambre, entonces, se manifestaría primariamente como esa voracidad de la boca sin dientes que aspira a incorporar el objeto entero y llenar el estómago ante el incremento agresivo, tanático, que en él se manifiesta como aquello que, de no incorporar el objeto, "consume" al propio organismo. La emergencia de dientes que, como en el tiburón, desgarran o trozan el alimento, representaría un primer duelo de la voracidad; una primera atemperación que se hace necesaria para que ésta sea más efectiva al parcializar la presa, "dándole un corte"[22].

Recordemos que, a nivel hepático, la acción de la bilis, cuyo correlato psicológico es el mecanismo de envidiar, tiende a fragmentar afuera aquello que no puede incorporarse entero (Chiozza, 1963). En este sentido, lo que venimos describiendo se correspondería con este proceso y con la necesidad

---

[21] Chiozza y colaboradores (1995c) relacionan los remordimientos y la voracidad (afecto que consideran específico de las fantasías dentarias) de un modo similar al que hacemos entre los remordimientos y el hambre, vinculada al estómago. Más allá de esta diferencia (pequeña, si tenemos en cuenta que, en ambos planteos, con distintos nombres, se consideran afectos y acciones), existe otra; en efecto los autores no consideran la desestructuración de la clave de acción propuesta por nosotros, que es característica de patologías que, como por ejemplo la esclerosis en placas, involucran las acciones motoras concientes (Chiozza, 1986; Chiozza, G., 1994b).

[22] Vivencia que Chiozza y colaboradores (1995c) remiten al ejercicio de los incisivos.

de parcializar que se expresa en los duelos que exigen sucesivamente la incorporación y la materialización.

De manera que, si tuviéramos que establecer una escala de la voracidad, diríamos que el tiburón sería un animal de "segundo grado", mientras que el "primero" correspondería a animales como la boa y otros reptiles (sapos y lagartos) que tragan entero, sin cortar. La renuncia que los dientes imponen a la voracidad tiene una primera expresión en la emergencia de incisivos y caninos, y encuentra su escalón más alto con la aparición de los molares, que demoran la deglución. De allí que los molares y las estaciones esofágicas de los rumiantes, como hemos dicho, sean la expresión máxima de lo antivoraz.

Cabe decir, en síntesis, que hay dos estadios en la voracidad: uno que corresponde al deseo de tragar todo, propio del intestino anterior; otro que, inversamente, procura hacer más efectiva la ingestión, parcializando la presa. La cualidad propia con que los dientes modifican la voracidad corresponde, entonces, a la acción de "dar un corte" al deseo voraz. Esta posibilidad es, también, un paso evolutivo que hace más efectiva la ingestión; por lo tanto, animales como el tiburón, dotados de una gran boca con afilados dientes para cortar, se erigen en símbolo de la voracidad[23].

A partir del tronco común representado por el hambre, se desprenden también otras modalidades afectivas y de tramitación, como la gula o la glotonería[24] cuyo análisis postergaremos para una ocasión futura. El hambre misma es un afecto interesante y difícil de abarcar, al cual, pensamos, cabría aplicarle criterios análogos a los que Freud (1926d) utiliza respecto de la angustia. Podríamos pensar, por ejemplo, que habría una "sensación hambre" que cuando no existe conflicto opera como señal, transformándose en apetito. Este vocablo deriva del latín *appetitus* y significa "tendencia natural, instinto, deseo" (García de Diego, 1964) que, pensamos, de tramitarse adecuadamente debe dispensarse en una justa proporción.

7- La digestión, el estómago, el ácido y el catabolismo

---

[23] También podemos considerar la función del intestino anterior que, por medio del píloro, impone una demora a la digestión y absorción del intestino posterior, como un "duelo" por el deseo voraz de incorporación inmediata. No obstante, la diferencia entre la voracidad primaria, y aquella otra, secundaria, mediada por el corte que dan los dientes, sigue siendo útil.

[24] Es interesante señalar, en este sentido, que la palabra **gula**, utilizada a veces como sinónimo de voracidad y cuyo significado español es *"exceso en la comida o bebida y apetito desordenado"* (Moliner, 1992) proviene del latín *gula,* idioma en el que tenía ese sentido, pero en el que además nominaba a la *"garganta y el esófago"* (García de Diego, 1964). La gula, por otra parte, es uno de los pecados capitales. Sinónimo de gula es **glotonería**, que alude a **glotón**, es decir, persona *"que come con exceso y con ansia"* (María Moliner, 1992). Este vocablo deriva del latín *gluto-onis*, que tiene el mismo significado que el español y de la que deriva deglutir (García de Diego, 1964). Antónimo de gula y glotonería es la palabra **templanza** (María Moliner, 1992), que refiere a *"Una de las cuatro virtudes cardinales que consiste en moderar los apetitos y el uso abusivo de los sentidos; sobriedad y continencia; atemperar, atenuar; suavizar la violencia de una cosa"*. Su origen es el latín *temperantia*, que significa *"moderación, mesura, justa proporción"* (García de Diego, 1964; Macchi, 1958).

Si bien el aparato digestivo lleva a cabo procesos distintos, como la ingestión, digestión, absorción y excreción (procesos que se superponen, unos a otros, sin que los distintos órganos impongan límites netos entre las distintas funciones), el proceso de digestión es el que se arroga la representación del conjunto, prestándole el nombre al total de órganos que integran este aparato.

Podemos pensar que con esto se quiere significar la trascendental importancia que tiene este proceso que "gestiona la división" de lo ingerido en partículas más pequeñas, posibles de ser absorbidas para su posterior asimilación. Esta degradación que implica una pérdida de complejidad y remeda al concepto psicoanalítico de Tánatos, es el catabolismo.

El término **catabolismo**, del griego *katá* que significa *"hacia abajo"* (Martín Alonso, 1958), designa aquel aspecto del proceso metabólico dirigido a la degradación y destrucción de elementos orgánicos; supone, en niveles crecientes, y en todos los estratos de la vida, la destrucción necesaria que precede a la síntesis anabólica de nueva vida. También el catabolismo, sucede al anabolismo, en el desecho de lo que, una vez vivido, debe ser excretado.

El catabolismo digestivo es, entonces, el que provee de los nutrientes necesarios para construir y reparar el organismo en el proceso de materialización. Así, con la energía obtenida de la combustión de lípidos y glúcidos, el organismo se construye a partir de los aminoácidos obtenidos del catabolismo de las proteínas; *"el nutriente estructural y reparador"* (Creff y Herschberg, 1981).

Por lo tanto, podemos pensar que el catabolismo proteico (que alcanza su máxima eficacia en la digestión estomacal) constituye el fin último del proceso catabólico y como tal, lo representa en su conjunto. Del examen de las relaciones entre el catabolismo y el ácido hallaremos un segundo anclaje para sostener la afirmación precedente.

Todas las funciones del aparato digestivo se llevan a cabo en un medio de pH ácido que, comenzando por la saliva de la boca y terminando en la excreción de heces ácidas[25], alcanzan su grado máximo, como vimos, en la secreción gástrica para la digestión proteica.

El estómago con sus jugos ácidos sería, por lo tanto, un órgano esencialmente catabólico; representa un nuevo y mayor nivel de agresión que es demandado por la complejización de la vida. Esta "idea" de un órgano que, por medio del ácido, se encargue de catabolizar los nutrientes pueden rastrearse en la escala

---

[25] *"El pH del quimo intestinal que llega al colon es neutro. (...) en el Intestino Grueso se forma una serie de sustancias de reacción ácida, con gran capacidad irritante sobre las células mucosas. De allí que la principal consecuencia que deriva de las secreciones colónicas (pH 8) sea la neutralización de estas sustancias ácidas. Como consecuencia de esta neutralización, la reacción de la materia fecal es aproximadamente neutra. No obstante, si se determina el pH en el centro de la masa fecal eliminada, se comprueba que puede llegar a 4,8, signo de que las sustancias ácidas de la fermentación bacteriana no han sido allí neutralizadas por la alcalinidad de los jugos colónicos"* (Lenoir, 1979, pág. 93/94).

evolutiva “más allá del estómago”, en diversas localizaciones y funciones dónde lo ácido asume el mencionado papel catabólico.

Un ejemplo interesante de ello queda representado en los **lisosomas** celulares, organoides citoplasmáticos que - no casualmente - los biólogos han bautizado como “estómagos celulares”. Estos llevan a cabo las acciones de digestión de elementos incorporados a la célula mediante el concurso de enzimas diversas que siempre operan en un medio ácido. Tal es así que el interior del lisosoma tiene un pH de aproximadamente 5 (De Robertis y De Robertis, 1994), cifra que siendo igual a la correspondiente al estómago del lactante[26], ratifica una vez más la repetición ontogenética de la filogenia.

> Las enzimas del lisosoma, en correspondencia con los jugos gástricos, digieren proteínas transformándolas en dipéptidos y los hidratos de carbono en monosacáridos. Una vez digerido, este material de muy bajo peso molecular puede atravesar la membrana para incorporarse a la célula y ser utilizado anabólicamente.
> Los lisosomas digieren, como hemos dicho, los elementos incorporados (endocitosis), pero además digieren elementos celulares propios (autofagia), por ejemplo, por necesidades de recambio, o también en períodos de ayuno prolongado. Al mismo tiempo pueden digerir material extracelular por liberación de enzimas, acidificando el medio (De Robertis y De Robertis, 1994).

Es interesante señalar que, en las células de los organismos complejos, con el tiempo, van quedando “restos” de materiales no digeridos en el interior de los lisosomas. Estos forman así unos “cuerpos residuales”, como se los llama, que se constituyen en signos indicadores del envejecimiento celular. Así, por ejemplo, en células como las neuronas aparecen los “pigmentos de la vejez”, indicadores de la presencia de tales residuos no digeridos. Estos parecerían entonces representar esos “cultivos de pulsión de muerte” de los que hablara Freud (1930a), refiriéndose a las complejizaciones en las tramitaciones pulsionales y al acopio concomitante de unos montantes de agresión no tramitados.

Este catabolismo ácido de la digestión no difiere, en esencia, de aquel otro, de la excreción; como lo muestra la secreción biliar que reúne ambas funciones. En efecto, también son ácidos los jugos biliares[27]. Estos son productos del sistema hepatobiliar que deriva del polo excretor del embrión en formación y, en ese sentido, pueden ser considerados “las heces del hígado” (Chiozza, 1963).

---

[26] El lactante, que, como hemos dicho, es menos ácido en su estómago, utiliza los ácidos de la saliva para digerir el principal contenido de la leche materna, los abundantes azúcares. Así, en la boca, la ptialina comienza esta digestión de glúcidos que se completará luego con la intervención de las secreciones pancreáticas. Estas últimas, filogenéticamente, preceden a las anteriores, de modo que cabría pensar a las glándulas salivares como *“externalizaciones”* de la primitiva función pancreática (Corniglio, 1996a).

[27] De los ácidos biliares, primarios, derivan, luego, las sales biliares, para componer entre ambos la secreción biliar, que tiene por objetivo separar las *“micelas”* de grasa para que puedan ser digeridas por las enzimas pancreáticas.

La acción destructiva de estos “excrementos” facilita - en lo que podría llamarse una reconversión libidinosa - la absorción de los elementos degradados por parte de las vellosidades intestinales, en este nivel, representantes de la boca. De manera que, en estas instancias formativas del organismo, aparece invertida la polaridad boca-ano y los excrementos, originariamente catabólicos, “digieren” los alimentos que luego serán aprovechados anabólicamente.

Considerados en un sentido amplio, los distintos niveles - siempre presentes y a la vez diferentes - de la intervención “catabólica digestiva” de los ácidos, harían presumir, siguiendo ideas de Chiozza (1968d), la existencia de una **fantasía general ácida** del organismo que se arrogaría la representación de los procesos catabólicos en general (de los cuales los digestivos constituyen una parte). Así, tanto en la pérdida de la vida como en el matar para vivir, el catabolismo ácido sería representante de Tánatos.

Recordemos que el organismo, como antes señalamos, tiene un pH ligeramente alcalino y los márgenes de oscilación del equilibrio ácido-base son rigurosamente estrechos, al punto que las fluctuaciones tolerables son esencialmente mínimas.[28] La vida, equilibrada óptimamente de manera transitoria en la eterna lucha entre Eros y Tánatos, encontraría representación para tal equilibrio en esta correspondencia - tan sutil y de estrechos límites - entre la alcalinidad y la acidez. El pH neutro (7), incompatible con la vida, brindaría, pensamos, una adecuada metáfora del éxito de la pulsión de muerte para “neutralizar” la pulsión de vida.

8- Acerca de lo ácido y la agresión

En el apartado anterior describimos cómo el medio ácido del tubo digestivo o de los lisosomas celulares se vincula con las funciones catabólicas digestivas y excretorias, en el sentido de que el catabolismo “se sirve” del ácido para alcanzar sus fines. Sin embargo, el estudio del ácido, tanto en su sentido semántico como en su acción química (ya descripta), muestra que éste es, en su misma esencia, catabolismo; es decir, la agresión (tanática) necesaria para la vida.

La palabra “ácido” deriva del latín *acidus* y esta del griego *akis-idos*, que significa puntiagudo, que hiere. Se vincula con el latín *acidia* que deriva de las palabras griegas *akedia* y *keedos*, respectivamente “negligencia” y “cuidado”, de donde deriva el sentido del latín *acedia* como privativo de cuidado. En

[28] La regulación del equilibrio ácido-base del cuerpo es sumamente compleja, pero a modo de una sintética referencia, debemos decir que en principio está determinada de modo permanente y a cada instante por las llamadas sustancias *buffer* de la sangre, que son el ácido carbónico y el bicarbonato de sodio. La presencia en sangre de estas sustancias depende del funcionamiento de dos órganos: el pulmón que, a través de la respiración, exhala anhídrido carbónico desprendiendo hidrógenos, y el riñón, que libera elementos acidificantes en la orina para producir, si es necesario, bicarbonato de sodio (Best y Taylor, 1982). En este sentido resulta llamativo que este equilibrio, que equiparamos con el equilibrio entre Eros y Tánatos, dependa de dos órganos, uno de ellos vinculado al aliento “vital” (Chiozza y col., 1990d) y el otro a la excreción de lo “muerto” (Chiozza y col., 1992c). Sería interesante retomar este punto en otra oportunidad.

español, deriva de ella, entre otras, la palabra “acidia” que al igual que en latín, denomina un particular sentimiento de pereza, flojedad y falta de cuidado (Martín Alonso, 1958; Corominas, 1984; Real Academia Española, 1992; Moliner, 1992). Es decir, “ácido”, en el sentido opuesto a cuidado, es el ataque puntiagudo que hiere, con cualidades que remedan a las del diente.

El aspecto hiriente del ácido se hace aún más evidente en la palabra “agrio”. “Agrio”, sinónimo de ácido, procede del latín *ácer* que significa agudo, penetrante, severo, cruel. Como adjetivo era utilizada especialmente para hablar de las sensaciones que a uno lo afectan con carácter penetrante, deslumbrante, irruptivo (Macchi, 1958; Martín Alonso, 1958). Recordemos a ese respecto que todo aquello que toca los sentidos con cualidad deslumbrante es, según nos ha mostrado Chiozza (1963), representante de “lo traumático”, en el sentido de los estímulos ideales que desorganizan catabólicamente las formas del yo y le proponen la exigencia hepática de reconducirlos y materializarlos anabólicamente.

Otra palabra latina que también tiene el significado de ácido es *ácetum* que refiere primariamente al vinagre y, a partir de esto, también a ciertas particularidades del espíritu como la mordacidad y lo cáustico (García de Diego, 1964; Martín Alonso, 1958).

“Cáustico” deriva del latín *cáusticus* y esta del griego *kaustikós*, derivado a su vez *kaio*, que significa quemar (Martín Alonso, 1958) *“Dícese de lo que quema y desorganiza los tejidos animales y tiene sabor urente”.* “Urente” a su vez deriva del latín *urens-entis* que significa ardiente, abrasador (García de Diego, 1964).

Todas estas significaciones remiten, como vemos, a la idea de desorganización, en una línea análoga a la que Chiozza (1963) desarrolla en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, cuando se refiere al aspecto metabólico de consunción y regeneración del organismo, en dónde el fuego suele simbolizar el proceso en su conjunto y, particularmente, *“los instintos de muerte que ‘consumen’ al propio organismo”*, lo que corrobora ese carácter equivalente, catabólico, que asignamos al ácido (pág. 104).

El ácido (que remite a esa disolución de la forma, a aquello que corroe y a lo corroído, así como a lo quemado y quemante) a la vez, simboliza privilegiadamente el proceso de de-gradación por el que deben pasar los materiales orgánicos para que sus constituyentes elementales puedan ser reciclados y re-instaurados en la “gradación” ulterior y compleja de nuevas estructuras.

En esta dirección es interesante señalar que la palabra “agresión” proviene del latín *aggrêdi*, que significa dirigirse a algo o alguien, atacar-lo, y que deriva de *gradi*, andar. Esta deriva a su vez de *gradus* que significa peldaño, paso, escalón (García de Diego, 1964; Martín Alonso, 1958; Corominas, 1984). De modo que, podríamos pensar, la agresión se vincula a ese dirigirse hacia algo o alguien, acción que a la vez significa un cambio de grado progrediente, un pro-greso.

Debemos agregar en relación con esto, que lo agradable es lo que esta en un mismo grado, en un mismo plano de concordancia, y que es a la vez lo grato. "Grato" deriva del latín *gratus*, gustar (al paladar), que deriva a su vez de *grâtia* que significa *"cualidad de ser agradable, encanto, favor, crédito, influencia, congraciarse con uno, buenas relaciones"*. La palabra latina *dulcis* (dulce) tiene un sentido en parte equivalente; es aquello agradable y suave al paladar (García de Diego, 1964). De modo que podríamos decir que lo agradable es aquello equilibrado que no requiere tanta agresión, tanto ácido, tanto cambio de grado. En contraposición, el desagrado pone en marcha la agresión que permite el progreso.

En el caso de la digestión, el cambio de grado (progreso), es símbolo del esfuerzo yoico (agresión) que intenta resolver la discordancia que proviene del desagrado (agrio) de tener que dirigirse a (digerir) un alimento que no esta en grado de asimilarse (amargo); en otras palabras, no esta en el plano de concordancia "grato" (dulce) y requiere nuevas y mayores agresiones (ácido).

De esta manera las "enigmáticas cualidades" (Freud, 1950a) - en este caso del gusto - referidas a "lo ácido" o "lo agrio", como también "lo amargo", contrapuestos todos a "lo dulce" (que es "lo suave al paladar"), nos remiten al desagrado que se experimenta frente a alimentos más complejos, que requieren niveles mayores de agresión para asimilarlos. Recordemos que los azúcares están en grado de incorporarse con poca dificultad, mientras que las proteínas, como vimos, demandan la acidez gástrica extrema, representante de un monto de agresión necesario, muchísimo mayor.

Podemos esclarecer así el sentido metafórico que nos llevó a elegir como epígrafe las palabras que cita Borges (Barone, 1996, pág. 27): *"Las ideas nacen dulces y envejecen feroces"*; del mismo modo, a medida que crecemos nos "hacemos ácidos", más agresivos; en otros términos, como rezan los dichos populares, debemos "tener estómago" para matar.

9- Algunas consideraciones antropológicas acerca de la carne

El esclarecimiento de la libido gastrodentaria nos condujo, por un camino de profundización, a esclarecer las fantasías agresivas vinculadas al ácido. Ahora, volviendo atrás, nos ocuparemos del objeto específico de la meta pulsional gastrodentaria: la carne. Comenzaremos por examinar brevemente algunas de las particularidades de la relación con este objeto estudiadas por la antropología.

Claude Fischler[29] (1995), sociólogo investigador del *Centre National de la Recherche Scientifique*, dedica un capítulo entero de su libro *El (h)omnívoro* a la carne y a sus vinculaciones con el orden social.

---

[29] Por sus investigaciones en los hábitos alimentarios de las sociedades desarrolladas ha sido apodado en *Le Nouvel Observateur*, *"e*l Levy-Strauss de las cocinas*"*, según reza la contratapa de su libro *El (h)omnívoro*.

Este autor, para quien la herencia filogenética del *Homo sapiens* es carnívora sólo desde fecha reciente, considera que la relación del hombre con la carne está signada básicamente por la ambivalencia; la atracción y el rechazo, el gusto y el disgusto, la codicia y la prohibición. Considera que la adopción progresiva de este alimento en la dieta es sin duda un factor determinante en el proceso de hominización, al punto de que para las culturas primitivas comer carne llega a ser sinónimo de comer[30].

No obstante, la importancia que tiene la carne para el hombre, su interés por ella está minado por el rechazo y la prohibición. El citado autor destaca que el margen dentro del cual la carne es un alimento apetecible es bastante estrecho; pasado un delgado límite, la carne pasa de ser un manjar codiciado a provocar asco y repulsión. Destaca que, aunque las costumbres alimentarias varíen en las distintas culturas (por ejemplo, en cuanto a las partes apetecibles y repugnantes de cada animal, o en cuanto a los animales apetecidos y los aborrecidos), esta restricción del agrado es algo universal e independiente de la condición biológica de comestibilidad de las especies en cuestión [31].

Para el autor, este límite depende de una distancia óptima entre el comedor y el comido; tanto la extrema proximidad (afectiva - por ejemplo, un animal doméstico - o taxonómica - por ejemplo, un mono -) como la extrema distancia con la presa (por ejemplo, un murciélago) dificultan su aceptación. En esto el autor encuentra un símil con la elección del objeto sexual, que no debe ser un pariente, pero tampoco un extraño.

Otro de los aspectos conflictivos en el consumo de carne, según el autor, proviene del tener que matar[32] para comer. Esto se evidencia, en las distintas culturas como intentos por separar el comer del acto letal[33]. Así, por ejemplo,

---

[30] Escribe el autor (Fischler, 1995, pág. 117/8): *"... en ciertas lenguas bantúes existe un término especial para designar 'la apetencia de carne' (Richards, 1948)* (...) *en los lele de Kasai, estudiados por Mary Douglas, servir una comida únicamente vegetal a un huésped es un insulto... (Simoons, 1981)* (...) *Entre los semai de Malasia, un hombre que lleva mucho tiempo sin comer carne utilizaría una expresión traducible por 'hace un montón de días que no como' (Harris, 1985). El término francés* viande *(del latín* vivenda*) designaba los alimentos en general antes de adquirir, a principios del siglo XVII, su sentido actual de 'carne': así se reconocía a la carne un estatus de alimento absoluto."* (Las bibliografías del párrafo corresponden al original)

[31] *"No sólo la mayoría de las culturas aplican prohibiciones o experimentan repulsión ante ciertas especies animales biológicamente comestibles, sino que también suelen contar* ***más especies rechazadas*** *que especies consumidas"* (Fischler, 1995, pág. 120).

[32] Esta relación conflictiva con la agresión letal - que coincide con las ideas de Lorenz (1963) sobre las restricciones naturales a la agresión en los animales carniceros (como vimos en el punto 4) - permite comprender la preferencia por la carne de herbívoros quienes no 'matan' para comer. *"Consumir carne de herbívoros plantea aparentemente menos problemas (...) que la carne de los carnívoros. Nuestra relación fágica con los omnívoros, como el cerdo, ya es más delicada: ¿no se le suponen, por ejemplo, tendencias caníbales o incluso antropófagas? Todo ocurre en realidad como si nos pareciese más seguro depender de animales que no se aventuran a esta actividad tan ambigua como es el consumo de carne, es decir, animales que no matan. Esta característica está lejos de ser propia de nuestras sociedades desarrolladas."* (Fischler, 1995, pág. 133).

[33] En diversas culturas el cazador no puede comer de la presa o bien pesan sobre él ciertas restricciones que varían de una cultura a otra. En muchas culturas se considera que es el arma

se distinguen dos actitudes frente a la carne: la “zoofagia” que es la lógica de los comedores de animales y la “sarcofagia” que es la lógica de los comedores de carne, entendiendo por carne una materia trabajada en la que se oculta aquello que pueda recordar al animal vivo (patas, ojos, cabeza). Este intento de desanimalización lleva a considerar al ganado destinado al consumo como “carne en pie”; una materia prima industrial (Vialles, 1987, citado por Fischler, 1995).

“Hay, pues, una paradoja moderna de la relación con el animal: se ha convertido a la vez en más objeto y más sujeto que nunca (...) Así, en el momento en que, por un lado, la ganadería industrializada cosifica a los animales, la civilización individualista los humaniza por el otro, mientras que, por fin, la ciencia ‘reanimaliza’ al hombre. Se entiende que el comensal moderno esté a veces un poco desorientado...” (Fischler, 1995, pág. 130). La evitación de la sangre y la cocción, son también, como veremos, estrategias sarcofágicas.

Con el pasaje de la caza a la ganadería, la relación con el animal de consumo sufre un cambio radical; cambio en el cual el acto letal pierde el carácter de una lucha victoriosa. Tal vez por ello, sospechado de asesinato, el acto letal adquiere formas rituales y está dotado de un sentido religioso: el sacrificio. Fischler, apoyándose en otros autores (Detienne y Vernant, 1979, citados por Fischler, 1995), afirma que del reparto del sacrificio proviene el orden social. El reparto de carne, nos dice, marca la frontera entre el hombre y el animal y afirma la humanidad del hombre distinguiéndolo de los que no cocinan, comen carne cruda y, sobretodo, no reparten[34] (Fischler, 1995).

> Así, nos dice, el origen del vocabulario político se encuentra en la repartición de la carne. *“El reparto del animal es la* participatio *y la palabra deriva de* parti - ceps*, literalmente ‘el que toma su parte’ (de* pars *y* capere*).* Princeps *significa ‘el que se sirve primero’. Sólo los hombres de mérito tienen acceso a la comida pública:* meritum *significa ‘la parte debida’. (...) El ciudadano que no tiene función pública es un* expres *(de* ex - pars*) Está excluido, pues, del reparto y se convierte a la vez en un* privatus*: esta* privado *de su parte en los banquetes sacrificiales (Scheid, 1984)”* (Fischler, 1995, pág. 140).

Como si el natural rechazo que provoca la carne en las condiciones descriptas no fuera suficiente, a las restricciones del agrado se le suman las prohibiciones religiosas. *“En la tradición judeo - cristiana, la carne lleva el peso de un juicio* a priori *negativo. En el Antiguo Testamento, en efecto, el paraíso terrestre es vegetariano (...) Sólo después del Diluvio Dios dará al hombre el derecho de comer carne, con la condición de que se abstenga de la sangre. (...) Desde la Edad Media, las reglas de la cuaresma, la división de los días ‘de carne’ y ‘de*

---

quien mata al animal y no el cazador; así, por ejemplo, si el cazador mata con un arma prestada, el dueño del arma pasa a ser el dueño de la presa.

[34] *“Para los yanomami, quien faltase a las reglas del reparto perdería inmediatamente sus cualidades de cazador (Harris, 1985). Entre los bosquimanos, es inconcebible que una familia coma carne sin repartirla (compartirla): esto ocurre entre los leones, dicen, pero no entre los hombres (Marshall, 1961). ¿Y cómo no relacionar este juicio con el de Epicuro: (...) ‘No tener un amigo con quién compartir la carne es llevar una vida de león o de lobo’ (Corbier, 1989)?”* (Fischler, 1995, pág. 141, las referencias bibliográficas del extracto corresponden al original)

vigilia' han pesado con particular rigor, al menos teórico, sobre la alimentación de los católicos (en ciertas épocas se han contado entre 120 y 180 días 'de vigilia', es decir, sin carne)" (Fischler, 1995, pág. 119).

La prohibición del cerdo rige entre los musulmanes, los judíos y para varias religiones en Etiopía, incluso cristianos; también el pollo y el huevo son prohibidos en gran parte de África y Asia. Los sacerdotes brahamanes de la India se abstienen por completo de la carne, incluso la de pescado. El vegetarianismo completo es compartido por muchas religiones[35]. Las estrictas prohibiciones alimentarias judaicas sólo autorizan una pequeña cantidad de animales, a su vez permitidos en circunstancias muy restrictivas (Fischler, 1995).

Estas prohibiciones hacia el comer carne recuerdan la bien conocida relación entre el comer y la sexualidad, estudiada por muchos autores; y más aún, es particularmente la carne quien se erige en símbolo del comercio sexual, tal cual lo muestra el psicoanálisis. Mucho menos conocidas son, sin embargo, las similitudes existentes entre incesto y canibalismo.

Clastres (1972, citado por Fischler, 1995) sostiene que en las tribus que practican el endocanibalismo, es decir, el consumo de los muertos del grupo, *"... las restricciones que pesan sobre el consumo de carne humana reproducen las prohibiciones que pesan sobre el acto sexual: entre los indios guayaki de Paraguay, por ejemplo 'un padre y una madre no comen a sus hijos, los niños no comen a sus padres y no se comen entre sí'. La prohibición es especialmente rígida cuando afecta a miembros de la familia que pertenecen al sexo opuesto: hay correspondencia perfecta entre prohibición del incesto e interdicción alimenticia"* (pág. 131).

Fischler (1995), adjudica universalidad cultural a este sistema de prohibición y observa que estas reglas se aplican espontáneamente frente al canibalismo, aun cuando se trata de supervivencia. Encuentra un ejemplo de ello en la conocida "tragedia de los Andes", en la cual, un grupo de jóvenes varones uruguayos que se vio obligado a comer carne humana para sobrevivir, lo hizo respetando los cadáveres de familiares y, sobretodo, de mujeres. *"Así* - concluye - *tanto en los caníbales como en la burguesía occidental, no se come a las personas con las cuales las relaciones sexuales son incestuosas"* (pág. 132).

Vemos entonces que el canibalismo, lejos de abandonarse al gusto del comensal, está acotado por estrictas reglas; las mismas que pesan sobre el incesto. De igual modo que el incesto, el canibalismo se reserva a los dioses, como lo muestra extensamente la mitología. Fischler concluye que *"en todas las sociedades que no lo practican,* [el canibalismo] *se considera como la transgresión, el salvajismo, la alteridad absolutas: el canibalismo es la*

---

[35] *"En Europa, las prohibiciones enunciadas por los penitenciales de la Alta Edad Media con respecto a los* inmunda*, las especies 'inmundas', hacen largas listas de animales y de circunstancias impuras"*, dice Fischler (1995, pág. 120) aclarando que los penitenciales se tratan de 'tarifas' de penitencias aplicables a una lista de pecados.

acusación que se hace pesar sobre el Otro. Pero los caníbales mismos hablan con horror de míticos 'caníbales salvajes' que, colmo del desorden y la barbarie, consumirían la carne humana de cualquier forma, sin regla ninguna" (1995, pág. 142).

Tal vez ayude a echar luz sobre esta "misteriosa" similitud entre el canibalismo y el incesto - una de las dos grandes prohibiciones que enmarcan la cultura -, si prestamos atención a la otra, el parricidio. Tal cual lo expresara Freud (1912/13), al homicidio del padre le sigue su devoración en el banquete totémico. Pensamos que el nombre escogido para designar este crimen desplaza el acento al homicidio, de la devoración caníbal, mucho más resistida. Así, tanto para la antropología como para el psicoanálisis, el comer carne desempeña un destacado papel en los eventos que instauran el ingreso en la cultura. Para la antropología a través de la adopción del hábito carnívoro, para el psicoanálisis a través del parricidio (devoración del padre incluida).

10- Sobre la devoración del padre y la agresión

Las consideraciones de Chiozza (1963; 1967; Chiozza y Wainer, 1974) referidas al incesto, inducen en nosotros la idea de aplicar un criterio semejante en lo concerniente a la devoración del padre implícita en el parricidio. Este autor plantea que el incesto se constituye como representante de la salida de un proceso más primario que debe abandonarse. Se refiere a los primeros momentos embriogenéticos de reproducción celular que adquieren la representación de un coito del sujeto consigo mismo (hermafrodita), ante el cual el incesto figuraría, justamente, el primer paso en la salida hacia otros objetos. Por este camino, podrá reconducirse la excitación de comienzo, precoz e indiferenciada, que de subsistir supondría una sobrecarga narcisista, con la consiguiente tanatización.

Sobre esta base cabría re-examinar la hipótesis del parricidio, tal como Freud (1912/13) la plantea, en la medida en que, según él, éste constituye el crimen originario[36] acaecido **realmente**, que junto con el incesto condiciona los destinos humanos, tanto de la especie como de los individuos. En otras palabras, lo señalado se traduce en un interrogante: ¿El parricidio - si lo planteamos de un modo análogo al que Chiozza refiere acerca del incesto - podría reconducirse a la condición de una representación simbólica que intenta figurar otros procesos arcaicos de la vida?

Cabe pensar, en principio y con la cualidad de una conjetura, que lo señalado respecto al narcisismo originario puede hacerse extensivo a las vicisitudes del proceso nutricional. La célula huevo, en las primeras instancias de la vida, viene provista de "su alimento" para "su viaje" hasta el útero; una vez allí deberá horadar las paredes endometriales para acceder a una nueva fuente de

---

[36]Freud (1912/13, pág. 146) destaca que de tales crímenes es el **parricidio** el gestor de todo lo demás, de allí que afirme: *"Estos dos tabúes del totemismo, con los cuales comenzó la eticidad de los hombres, no son psicológicamente del mismo valor. Sólo uno, el respeto del animal totémico, descansa por entero en motivos de sentimiento; es que el padre había sido eliminado, y en realidad ello no tenía remedio"*.

alimento, la sangre materna. Este camino, por cierto, no finalizará allí y, como señalamos, deberá tramitarse en distintos niveles progredientes en los que será necesario implementar nuevas capacidades efectoras del yo y, junto con ellas, ejercer una agresión en niveles crecientes, el último de los cuales queda representado en el comer carne. De coartarse, en cualquiera de los niveles, la tramitación de esa agresión necesaria, el organismo quedaría expuesto a una situación tanática que queda representada en el "***comerse a sí mismo***".

De manera que, en este ámbito, lo mismo que en lo concerniente a la reproducción y el crecimiento, es necesario "***salir de sí e ir hacia otro***" en circuitos de complejidad creciente, ya que en caso contrario quedamos expuestos a una fuerza o *maná* que, de no hallar una salida y una atemperación a través de los objetos, nos destruiría. El crecimiento, la diferenciación y la búsqueda de objeto, entonces, son imperativos, tanto en el ámbito de la sexualidad como en el de la nutrición; imperativos que dejan huellas pesquizables, en los hábitos culturales.

> Lévi-Strauss (1968), al estudiar los ritos alimentarios de diferentes pueblos - y los modos de cocción de los alimentos que él llama "*las maneras de mesa*" - enfatiza que los mismos surgen de una particular conciencia de los pueblos primitivos respecto a esa fuerza o "*maná*" que impone al hombre la necesidad de una "*mediación*", es decir, lo que nosotros llamaríamos una "*atemperación*", a través de la tramitación congruente de las necesidades primarias.
>
> Para el autor, en ese sentido, los distintos tipos de alimentos y los modos de cocinarlos y comerlos, como todos los rituales de la alimentación que se derivan de los diferentes mitos, obedecen a una *"moral del mito"* (Lévi-Strauss, 1968, pág. 415, 443) esencialmente diferente a la nuestra, que no pone el acento en la lógica de los individuos, sino que procura dar cuenta de una *"deferencia hacia el mundo natural"* que consiste en respetar y subordinarse a las *"obligaciones"* que éste impone, figurando el ritual o el mito la necesidad de *mediación*, de no irse a los *"extremos inerciales"*, representados polarmente, en el caso de la comida, por *"lo crudo"* y *"lo podrido"*[37].

Señala Lévi-Strauss (1968), que *"en el curso de la digestión el organismo retiene temporalmente la comida antes de eliminarla en forma elaborada. La digestión tiene pues una función mediadora, comparable a la de la cocina que suspende otro proceso natural conducente de la crudeza a la putrefacción. En este sentido puede decirse que la digestión ofrece un modelo orgánico anticipado de la cultura"*.

Freud (1912/13, pág. 32), contrariamente, en base a las observaciones de Roberson Smith, quien refería que los más antiquísimos rituales de los pueblos estaban ligados a la alimentación, dice que *"el tabú de los animales, que consiste esencialmente en la prohibición de matarlos y comerlos, constituye el núcleo del totemismo..."*. Esto es así, sostiene, porque estos tabúes, que inician la eticidad y la cultura, procuraban resarcir a los hombres del crimen originario,

---

[37] *"*Lo crudo*"* y *"*lo podrido*"* representan en las consideraciones del autor dos extremos, uno ligado a la conjunción, a lo que está unido y mantiene la fuerza o *maná*, otro a la disyunción, a lo que se disgrega, pero ambos se ligan entre sí en un continuo con variables intermedias que figuran la relación del hombre con esas polaridades del mundo natural y su sujeción a ellas.

ya que los hermanos de la horda primordial, pensaba, **real y efectivamente mataron al padre y luego lo devoraron**.

Estas consideraciones antropológicas de Freud generaron, desde un comienzo y hasta nuestros días, una estimación adversa por parte de los antropólogos, ya que éstos, en su campo específico de trabajo, jamás pudieron hallar testimonios de ningún tipo que corroboraran o avalaran, de algún modo, la existencia real de unos hechos semejantes a los descriptos.

Es interesante señalar, en este sentido, que para la antropología ni el crimen ritual ni el canibalismo se insertan como unos hechos voluptuosos con las cualidades que asignaríamos al asesinato "triunfal", sino que, en cambio, se suceden, como mencionamos, bajo condiciones estrictamente regladas, cargados de supersticiones y restricciones.

Jensen, un antropólogo citado por Campbell (1959), en coincidencia con lo señalado por Lévi-Strauss, sostiene que los ritos de cazadores de cabezas y caníbales parecerían estar destinados a figurar lo que nosotros llamaríamos una situación traumática que reclama su elaboración, como es la de la relación del hombre con la *"fuerza primigenia de la naturaleza"* (*maná*) y el hecho de que se deba ***"matar para comer"***, como lo hacen las bestias de presa[38], como así también que debamos insertamos en el misterioso ciclo de la vida y la muerte al que el mito se subordina y da figurabilidad[39].

Estas referencias de la antropología apuntan a destacar el hecho elemental de la extrema importancia del proceso alimentario y las figuraciones que adquiere en el ámbito de la vida de representación, como correlato de las vicisitudes "orgánicas", aquellas que, al comienzo de este apartado, decíamos, podían examinarse en paralelo con lo investigado por Chiozza respecto del incesto.

En este sentido, pensamos que cabe remitirnos a un nuevo interrogante: ¿el parricidio y la devoración del padre fueron hechos reales o son símbolos de los cambios de modalidad alimentaria ligados a la ingesta de carne, que suponía, además, la clara conciencia del tener que matar para comer?

Cabe pensar al respecto, que este cambio en la modalidad alimentaria (tanto filo como ontogenéticamente), como dijimos, se impone como demanda del propio crecimiento y, en ese sentido, emerge con la cualidad de una carencia,

---

[38] *"El asesinato no es un acto de heroísmo concebido con bravura guerrera. Todos los pormenores de la caza de cabezas hablan de lo contrario. (...) Culpa y heroísmo aparecen en algunas de las representaciones mitológicas de los episodios, pero no son realmente esenciales al contexto básico, que no puede haber sido sino mucho más elemental. La analogía más cercana se encuentra, en mí opinión, en el mundo de las bestias de presa. Tampoco pensamos en heroísmo o asesinato cuando consideramos su forma de matar, sino simplemente en la fuerza primigenia de la naturaleza. Y de hecho hay una indicación de este paralelismo en la aparición de espíritus en la forma de bestias de presa en las ceremonias de las sociedades secretas de los hombres..."* (pág. 210 / 11).

[39] Es interesante señalar que muchos de estos rituales canibálicos van acompañados de cópulas previas de las víctimas, como si en ello se quisiera representar los ciclos de la vida de reproducción y muerte (Campdell, 1959).

una necesidad nueva, un cambio de meta que impone una modalidad alimentaria hasta entonces inexistente.

En el lactante fácilmente nos representamos esta situación. Hay un punto del desarrollo en que la demanda no se satisface con el objeto actual, es decir, llegado un momento la leche no alcanza para satisfacer las exigencias del crecimiento, de modo que es la propia necesidad la que pone fin a la estrecha relación con la madre, no sin la consabida reticencia a abandonar una satisfacción ya experimentada (Freud, 1905d).

Si el hambre ante esa demanda se experimenta como “comerme a mí mismo”, para neutralizar esa carencia debo “comerme a otro-yo”, en un acto que supone ejercer la agresión necesaria para matarlo o, en términos kleinianos, deflexionar el incremento tanático hacia otros objetos.

La necesidad de crecimiento, experimentada como hambre, es decir, como un comerse a sí mismo cuando los jugos ácidos horadan las paredes del estómago vacío, conduce a la incorporación de un otro-yo, una carne similar, que sustituya la propia para dirigir la agresión al mundo.

Siguiendo el modelo de Chiozza (que considera la elección de objeto incestuosa como la salida del hermafroditismo hacia el objeto exogámico), ese primer objeto alimentario que permite reconducir hacia afuera el *maná* tanático, el hambre que corroe es también un objeto incestuoso, y su devoración, un acto canibálico. Es el padre quien mejor se presta para representar este objeto consanguíneo, no sólo por ser quien aporta la carne, producto de la caza, sino sobretodo, porque es el modelo de identificación. El endocanibalismo, el exocanibalismo, y el animal totémico son jalones hacia el objeto definitivo; la carne animal.

De igual modo que sucede con el incesto, lo antedicho no implica afirmar la realidad fáctica de la devoración del padre, sino que figura un camino evolutivo de la fantasía, que perdura en lo inconciente como un símbolo universal; es decir, **la carne animal ingerida para materializar la identificación-padre**, **simboliza la devoración del padre**.

Siguiendo esta hipótesis, podríamos pensar que el del parricidio y la devoración del padre, constituye **un mito encubridor de la carencia, dolorosa, que forzó la instauración de una nueva meta: la devoración de la carne**.

Posiblemente esta carencia haya encontrado una modalidad paranoica de resolución, que cobra forma en la siguiente constelación fantástica: el padre, “violento y celoso”, restringía y privaba sexualmente e impedía crecer a los hijos, quienes, entonces, tuvieron que matarlo y apropiarse de su poder devorándolo. La privación sexual, impuesta por el padre “hiperpotente”, podría simbolizar, desde una vivencia paranoica, el hambre que impone la naturaleza. Se niega, así, la necesidad imperiosa, y dolorosamente traumática, de tener que matar y comer carne para materializar el crecimiento.

Veámoslo desde otro enfoque; si al parricidio le sigue la devoración del padre, podemos pensar que la meta más inmediata es el hambre alimentaria y no sexual. En otras palabras, el parricidio se gesta en el deseo de materializar la identificación, es decir, "ser el padre". Posteriormente, luego de la identificación lograda, y gracias a ésta, se accede a la sexualidad, del mismo modo que la fase oral canibálica precede a la genital o, en otros términos, el crecimiento precede a la reproducción.

Pensamos que esta línea de ideas nos permitiría hacer consideraciones semejantes acerca de las glaciaciones. Éstas, más allá del hecho geológico, podrían ser consideradas un símbolo mítico de la traumática experiencia del cambio en la modalidad alimentaria. En el mismo sentido, podríamos decir que el período en el cual el mono frugívoro habitaba en la abundancia del bosque, sin necesidad de matar, representa simbólicamente al período de lactancia. Las glaciaciones (que hacen desaparecer los frutos obligando a buscar nuevos alimentos) serían una representación del destete; y el comer carne de animales que se deben matar, un símbolo de la nueva agresión que implica el ejercicio la libido gastrodentaria[40].

Como vimos en el apartado anterior, la religión tiene su propio mito, análogo al de la antropología, para simbolizar este período de la evolución. El paraíso terrenal, vegetariano, es una metáfora análoga a la del mono frugívoro rodeado de alimentos dulces al alcance de la mano. Ambas metáforas simbolizan el período de lactancia, de la leche dulce, ofrecida regularmente. El Diluvio, luego del cual Dios dará al hombre el derecho de la carne (Soler, 1973, citado por Fischler, 1995), es un símbolo análogo a las glaciaciones, que también alude a la experiencia ontogénica del destete con el consiguiente cambio en la alimentación.

En conclusión:

Como corolario final de lo que llevamos dicho, podemos afirmar que la devoración del padre y sus desplazamientos sobre el tótem, son símbolos que representan la necesidad de materializar un crecimiento de manera "exogámica".

Así como la prohibición del incesto compele a realizar la procreación de manera exogámica, la prohibición de matar y comer al animal totémico símbolo del padre (según Freud la más primaria), obliga a completar de manera "exogámica" la materialización del crecimiento. Por lo tanto, la devoración del padre es al crecimiento lo que el incesto es a la reproducción; crecimiento y reproducción que podemos considerar como dos caras de una misma moneda.

---

[40] Otras serán, seguramente, las vivencias que acompañen al destete en otros mamíferos, como los rumiantes. Si el fracaso en la acción eficaz de matar incrementa la frustración y la libido se tanatiza, podemos suponer en el mono *"escasamente armado"* un incremento de los montantes de agresión que no se observaría en los cazadores *"puros"*, más letales. Esto podría enriquecer el planteo de Lorenz (1963) acerca de una inhibición innata de la agresión en los animales provistos de armas efectivas, ya que podría pensarse que es la misma eficacia en la acción agresiva la que impide que alcance montantes inmanejables.

El crecimiento “exogámico”, implica el pasaje de la madre al padre tramitando unos nuevos montos de agresión que exigen realizar la disociación eidético material; es decir, preservar al padre como modelo de identificación y dirigir la agresión a la carne animal, armonizando mandatos aparentemente contradictorios: *“vivir y dejar vivir”* por un lado, y *“matar para vivir”*, por el otro (Chiozza y col., 1995c). Esta armonía, que exige el adecuado ejercicio de la libido gastrodentaria, podría expresarse del siguiente modo: *“vivir* (crecer) *y dejar vivir* (al padre), *matando* (al animal) *para vivir* (comer carne)*”*.

El conflicto básico en este período del desarrollo se centra en la dificultad para realizar adecuadamente la disociación eidético material que posibilita el ejercicio de los nuevos montos de agresión. Frente a la imposibilidad de resolver este conflicto, la destrucción del tejido dentario en las caries o del tejido gástrico en las úlceras (con las correspondientes mermas funcionales) representa el intento de volver atrás; a la fase de succión, donde estos órganos no estaban, y la leche dulce, suministrada regularmente, hacía innecesaria la agresión implícita en el tener que matar para vivir.

Síntesis

1) La complementariedad de funciones, filo y ontogenética, que se establece entre los dientes y el estómago, nos llevó a postular que ambos órganos emergen como manifestaciones de la complejización de una misma idea inconciente. Así como la digestión química es, a nivel molecular, un símil de la digestión mecánica, las funciones digestivas del estómago, vegetativas e involuntarias, se complementan con las funciones dentarias, voluntarias. Por lo tanto, la boca digestiva (masticación dentaria y salivación ácida) y el estómago (con su digestión química y mecánica) pueden representarse mutuamente; ambos remiten a una sola idea de algo que penetra rompiendo y separando.

Estos órganos que categorizamos como diferentes desde un criterio anatómico, expresan entonces, funcionalmente, los fines de una misma meta pulsional específica a la que cabe llamar gastrodentaria.

2) La pulsión gastrodentaria posee su período de primacía en aquel momento de la vida que el psicoanálisis ha descripto como fase oral secundaria, canibálica o sádica. Se apuntala en los cambios adaptativos del tubo digestivo requeridos para enfrentar una nueva modalidad alimentaria caracterizada por la pérdida de la regularidad en el suministro, propia del período de lactancia precedente. El nuevo alimento, del que se dispone de modo irregular y que es al mismo tiempo de difícil digestión, queda simbolizado privilegiadamente por la carne. La necesidad de tramitar nuevos montos de agresión durante esta etapa no se adscribe solamente a la eclosión dentaría, sino también a la necesidad de incrementar la acidez estomacal, dado que sólo el ácido gástrico posibilitará la digestión del colágeno, la compleja proteína de la carne animal.

3) El estómago, entonces, es el órgano específicamente diseñado e imprescindible para hacer posible la primera fase de digestión de las nuevas proteínas; digestión que será completada en el duodeno con la intermediación de las proteasas pancreáticas. Las proteínas, elementos esencialmente estructurales, son el representante privilegiado de los nutrientes que, una vez catabolizados en medios ácidos, aportarán la materia prima para la construcción y reparación material del cuerpo. Por lo tanto, el estómago desempeña un rol preponderante a partir del momento en que se requieren proteínas más complejas, imprescindibles para materializar anabólicamente el crecimiento corporal. Este fin pulsional corresponde específicamente a la emergencia de la libido gastrodentraria.

4) Uno de los afectos que se han descripto ligado al ejercicio de la libido que nosotros llamamos gastrodentaria es el remordimiento. Si examinamos los desarrollos teóricos de Garma y los de Chiozza y colaboradores, respecto a dicho afecto, encontramos entre ellos una diferencia. Garma liga el remordimiento al estómago y deriva de él la patología ulcerosa, en tanto que Chiozza y colaboradores lo ligan a los dientes y derivan de su descomposición patosomática una de las patologías de estos órganos, la caries.

Pensamos que unificar la actividad de los dientes y la del estómago, como emergentes de una misma idea inconciente, expresada en distintos niveles, tal

vez posibilitaría una solución a la diferencia señalada. Cabría pensar, desde este punto de vista, que habría dos modalidades del remordimiento:

Una, más regresiva, vincularía los remordimientos al estómago y a las demandas de agresión que impone la acidez gástrica. Cuando el yo débil no puede integrar y derivar en acciones los primarios deseos agresivos, queda sometido al efecto de los impulsos tanáticos; experimenta su impotencia con sensaciones gástricas de hambre incoercible; como un comerse a sí mismo o como un objeto que, desde adentro, lo remuerde. La desestructuración patosomática de este afecto, aparece a la conciencia como una patología de este órgano: la úlcera.

*La otra modalidad de los remordimientos depende de acciones agresivas que se llevan a cabo por mediación de la voluntad, pero no son adecuadamente integradas en el sistema normativo y, por lo tanto, no son eficaces. En este caso, los remordimientos no se expresan ligados a los deseos, sino predominantemente a las acciones voluntarias "mal ejecutadas". Cuando estos "*remordimientos por las malas acciones*" no se toleran en la conciencia aparece un trastorno dentario, la caries, como resultado de la desestructuración patosomática de la clave de inervación de las acciones agresivas.*

5) Una consideración análoga, en dos niveles, puede hacerse extensiva a la voracidad. Esta se caracteriza por un comer rápido, cuantioso y sin masticar; expresa primariamente el deseo de tragar entero, sin que nada se escape o, en otros términos, tragar todo. En la filogenia, queda representada por el intestino anterior y en la ontogenia por la fase oral de succión. La fase oral secundaria supone un duelo a la primitiva voracidad, implícito en parcializar la presa que, al mismo tiempo, hace más efectiva su realización. La aparición de los dientes, principalmente aquellos que cortan y desgarran, simbolizan el primer corte a la voracidad que es necesario para la incorporación. Esta parcialización, progresiva y necesaria, manifestándose en niveles diferentes, es concordante con la que reclama, para hacerse efectivo, el proceso hepático de materialización.

6) Considerar, a partir de lo indagado respecto al estómago, que la acción del ácido como proceso catabólico al servicio de la nutrición, constituye la esencia de los procesos digestivos, nos llevó a pensar en una fantasía general digestiva en donde el ácido es su representante privilegiado. Estructuras específicas ejercen esta función; los lisosomas celulares, para las unidades más simples y el tracto gastroduodenal con las secreciones gástricas, biliares y pancreáticas, en los organismos más complejos.

7) Asimismo, podemos concebir la idea de una fantasía general ácida que, tanto por las acciones químicas del ácido como por sus significados semánticos, representa todo aquello que destructivamente, reconduce lo complejo a su primitiva simplicidad. El ácido es, por lo tanto, el instrumento del catabolismo; aquello que el psicoanálisis describe como Tánatos. Como éste, aparece siempre mezclado en proporciones variables con Eros, formando aquello que se describe como la agresión implícita en la vida. El pH es una metáfora de esta fusión de anabolismo y catabolismo que nunca alcanza los

extremos puros; así como el pH de los seres vivos es ligeramente alcalino, así Eros, mientras hay vida, se impone sobre Tánatos.

8) La acción química del ácido, así como su sentido semántico (junto con el de otras palabras afines), que remite a lo quemante y corrosivo, a lo que hiere y penetra, nos brindaron un segundo anclaje para ratificar el estrecho vínculo entre el ácido y la agresión. Los significados etimológicos del vocablo agresión, por su parte, permiten corroborar el vínculo señalado y establecer entre ellos interesantes consideraciones.

*El término agresión remite a un "*dirigirse hacia*"; acción que a la vez significa un cambio de grado progrediente, un pro-greso. El ácido, expresado en estos términos, lleva a cabo el proceso de de-gradación por el que deben pasar los materiales orgánicos para que sus constituyentes elementales puedan ser reciclados y re-instaurados en la "gradación" ulterior y compleja de nuevas estructuras. De modo que cabe pensar que la digestión, como agresión ácida, inicia un proceso que supone un cambio de grado; símbolo éste del crecimiento y la materialización.*

Las cualidades del gusto - referidas a "lo ácido" o "lo agrio", como también "lo amargo", contrapuestos todos a "lo dulce" (que es "lo suave al paladar"), nos remiten al desagrado que se experimenta frente a alimentos más complejos, que requieren niveles mayores de agresión para asimilarlos. Lo agradable, por su parte, es lo que requiere menos ácido y, por ende, menos agresión, es lo que esta en un mismo grado, en un mismo plano de concordancia, y es a la vez lo grato.

En el caso de la digestión, el cambio de grado (progreso), es símbolo del esfuerzo yoico (agresión) que intenta resolver la discordancia que proviene del desagrado (agrio) de tener que dirigirse a (digerir) un alimento que no esta en grado de asimilarse (amargo); en otras palabras, no esta en el plano de concordancia "grato" (dulce) y requiere un nuevo y mayor monto de agresión (ácido).

9) Las vicisitudes agresivas que nosotros ligamos al ejercicio de la libido gastrodentaria, quedan representadas por el psicoanálisis en el totemismo, es decir, la prohibición de matar y comer al animal totémico. Este evento, que marca el ingreso en la cultura, es para Freud un símbolo del parricidio y la devoración del padre; hechos, según él, acontecidos realmente en la prehistoria. Para nosotros, en cambio, el parricidio y la devoración son símbolos del traumático pasaje de la fase de succión a la canibálica que implica el matar para comer y el comer carne.

Esta idea surge de contemplar el parricidio desde un criterio semejante al utilizado por Chiozza respecto del incesto. Este autor considera el incesto como la salida del narcisismo tanático implícito en el hermafroditismo. Análogamente, pensamos, la devoración del padre representa el primer intento de dirigir al mundo el incremento tanático ligado a las mayores demandas de materialización, que requieren del comer carne. Estas demandas se

experimentan como un "comerse a sí mismo", cuando la secreción ácida horada las paredes del estómago. De esta manera creemos que el parricidio es el medio del "fantástico" crimen; medio que encubre el verdadero fin, más resistido: la devoración del padre.

El padre, que caza la comida y aporta el modelo para la identificación, representa ese primer objeto de la libido gastrodentaria, la carne; objeto que, en sucesivos pasos, se irá desplazando primero al canibalismo "exogámico", luego al tótem y por último a la carne animal. La devoración del padre y sus sucesivos desplazamientos son símbolos que representan la necesidad de materializar un crecimiento de manera "exogámica" (el pasaje de la madre al padre). Las prohibiciones que pesan sobre el canibalismo y el totemismo expresan la necesidad de alcanzar la disociación eidético-material, que permite identificarse con el padre conservándolo al mismo tiempo, vivo. Por lo tanto, la devoración del padre es al crecimiento lo que el incesto es a la reproducción; crecimiento y reproducción que podemos considerar como dos caras de una misma moneda.

La resolución adecuada de este conflicto implica lograr una armonía entre mandatos aparentemente contradictorios: "vivir y dejar vivir" *por un lado, y* "matar para vivir"*, por el otro. Esta armonía que se alcanza al lograr la disociación eidético material podría expresarse del siguiente modo:* "vivir *(crecer)* y dejar vivir *(al padre)*, matando *(al animal)* para vivir *(comer carne)". En otras palabras, implica volcar al mundo exterior la excitación tanatizada, por medio de acciones agresivas integradas armónicamente a un sistema normativo social; representado éste por las prohibiciones culturales.*

10) El conflicto básico en este período del desarrollo se centra en la dificultad para realizar adecuadamente la disociación eidético material que posibilita el ejercicio de los nuevos montos de agresión. Frente a la imposibilidad de resolver este conflicto, la destrucción del tejido dentario en las caries o del tejido gástrico en las úlceras (con las correspondientes mermas funcionales) representa el intento de volver atrás; a la fase de succión, donde estos órganos no estaban, y la leche dulce, suministrada regularmente, hacía innecesaria la agresión implícita en el tener que matar para vivir.

11) El psicoanálisis, siguiendo las tesis antropológicas, considera la fase oral canibálica como una reedición de la adopción del hábito carnívoro de alimentación en la prehistoria humana.

Siguiendo el criterio aplicado a la devoración del padre, podemos considerar esta tesis como un mito. Podemos pensar, entonces, que el primate frugívoro que habitaba en la abundancia del bosque y que comía alimentos dulces al alcance de la mano, representa el período de lactancia; de la leche dulce ofrecida regularmente. Las glaciaciones con la consecuente privación de alimentos dulces, representaría el destete; pasaje traumático hacia una modalidad alimentaria irregular que supone un nuevo monto de agresión implícito en el ejercicio de la libido gastrodentaria. Este nuevo monto de agresión queda simbolizado por el comer carne de animales que se deben matar; es decir, el matar para vivir. La religión construye un mito similar, con un

período de estancia en el paraíso terrenal, vegetariano, y un pasaje hacia la carne mediado por el Diluvio, equivalente simbólico de las glaciaciones geológicas.

BIBLIOGRAFÍA

ALBORES, José M. (1980)
Manual de pediatría. López libreros editores SRL, Buenos Aires, 1980.

BARONE, Orlando (1996)
Diálogos Borges Sábato. Editorial Emecé. Buenos Aires, 1996.

BEST Y TAYLOR (1982)
Bases fisiológicas de la práctica médica. Editorial Panamericana, Buenos Aires, 1982.

CAMPDELL, Joseph (1959)
Las máscaras de Dios. Mitología primitiva. Alianza Editorial. Madrid, 1991.

CORLISS, Clark (1976)
Embriología humana de Patten. Editorial El Ateneo SRL. Buenos Aires, 1979.

COROMINAS, Joan (1984)
Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Editorial Gredos, Madrid, 1984.

CREFF, HERSCHBERG (1981)
Manual de obesidad. Editorial Toray-Masson, Barcelona, 1981.

CHIOZZA, Gustavo (1994b)
Reconsideraciones sobre la histeria de conversión. Presentado en el CCMW, Buenos Aires, Agosto de 1994.

CHIOZZA, Luis (1963)
Psicoanálisis de los trastornos hepáticos. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1967)
"El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer". En Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1968a)
La interioridad de los trastornos hepáticos, Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, Biblioteca del CCMW, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, L., CALIFANO, C., KOROVSKY, E., MALFÉ, R., TUJANSKY, D. y WAINER, G. (1968d)
"Una idea de la lágrima", en Trama y Figura del enfermar y del psicoanalizar, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, L. y WAINER, G. (1974a)
"El incesto y la homosexualidad como diferentes desenlaces del narcisismo". En Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer. Biblioteca del Centro de consulta médica Weizsaecker. Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1976)
Cuerpo, afecto y lenguaje, Paidós, Buenos Aires, 1976.

CHIOZZA, Luis (1986)
¿Por qué enfermamos?, Ed. Alianza, Buenos Aires, 1986.

CHIOZZA, L., DAYEN, E. Y SALZMAN, R. (1990g)
"Fantasía específica de la estructura y el funcionamiento óseo". En Los afectos ocultos en ..." Alianza Editorial, S.A. Buenos Aires, 1991.

CHIOZZA, L., GRUS, R. (1992c)
"Psicoanálisis de los trastornos urinarios", en Los sentimientos oculto en..., Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993.

CHIOZZA, L., DAYEN, E. Y FUNOSAS, M. (1992e)
"Los significados inconcientes específicos de la esclerosis", en Los sentimientos oculto en..., Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993.

CHIOZZA, L., BABERO, L. Y BOARI, D. (1995c)
"Significados específicos de enfermedades dentarias". Trabajo presentado en el Centro de consulta médica Weizsaecker, Buenos Aires, 1995.

CORNIGLIO, Horacio (1996a)
"Acerca del desarrollo y la conformación de los órganos", en VIII Jornadas científicas del Centro de Consulta Médica Weizsaecker, Buenos Aires, 1996.

DE ROBERTIS, E. Y DE ROBERTIS, E. (h) (1994)
Biología celular y molecular. Editorial El Ateneo. Buenos Aires, 1994.

ENCICLOPEDIA BRITÁNICA (1992)
Encyclopedia Britannica Publishers, Inc. E.E.U.U., 1992.

FARRERAS, ROZMAN (1988)
Medicina Interna. Ediciones Doyma, Barcelona, 1988.

FAWCETT, Don (1986)
Tratado de histología. Editorial Interamericana S.A. México, 1989.

FERRERI, Andrés (1994)
"Linfomas no-Hodking primitivos del aparato gastrointestinal", en Revista latinoamericana de *European School of Oncology*.

FREUD, Sigmund (1905d)
Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1912/13)
Tótem y Tabú. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1914c)
Introducción del narcisismo. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1926d)
Inhibición, síntoma y angustia. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1930a)
El malestar en la cultura. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1950a)
Proyecto de una psicología para neurólogos. En Obras completas, editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FISCHLER, Claude (1995)
El (h)omnívoro. Editorial Anagrama S. A. Barcelona, 1995.

GARCIA DE DIEGO, Vicente (1964)
Diccionario latino-español. Editorial Bibliograf S.A., Barcelona, 1964.

GARMA, Ángel (1954)
Génesis psicosomática y tratamiento de las úlceras gástricas y duodenales. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1954.

GARMA, Ángel (1969)
El psicoanálisis, teoría, clínica y técnica. Ed. Julián Yebenes, S.A., Madrid, 1993.

HIB, José (1994)
Embriología Médica. Editorial Interamericana S.A. México, 1994.

LENOIR Juan Pablo (1977)
Fisiología digestiva. Ediciones Toray, 1979.

LÉVY-STRAUSS, Claude (1968)
El origen de las maneras de mesa. Editorial siglo XXI, México, 1970.

LITVINOFF, Hugo (1979)
Una aproximación al enfermo gástrico. Trabajo presentado en el CIMP, 1979.

LORENZ, Konrad (1963)
Sobre la agresión: el pretendido mal. Editorial Siglo XXI, Madrid, 1971.

MACCHI, Luis (1958)
Diccionario de la lengua latina. Editorial Don Bosco. Buenos Aires, 1958.

MARTIN ALONSO (1958)
Enciclopedia del idioma. Editorial Aguilar, Madrid, 1958.

MOLINER, María (1992)
Diccionario de uso del español. Editorial Gredos. Madrid, 1992.

MORRIS, Desmond (1967)
El mono desnudo. Editorial Plaza y Janés. Barcelona, 1976.

MURRAY, Robert y colaboradores (1988)
Bioquímica de Harper. Editorial El Manual Moderno S.A. México, 1993.

RACKER, Heinrich (1957)
Contribución al estudio de la estratificación psicopatológica. Revista de APA, nro. 3.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992)
Diccionario de la lengua española. Editorial Aguilar, Madrid, 1992.

ROMER, Alfred (1962)

Anatomía comparada. Editorial Interamericana S.A., 1966.

WEISZ, Paul (1971)
La ciencia de la biología. Editorial Omega, Barcelona, 1969.

SCACCHI, Pablo (1988)
Fisiología digestiva. Impresión del autor.